

45  
Caja 1  
Letra L

# VEJA DOCTRINA

Vieja doctrina 11908

## COMEDIA EN CUATRO ACTOS

POR

EMILIO ONRUBIA

---



4  
BUENOS AIRES

---

Imp. de F. Landreau y Ca., Piedad 1625

---

1896



## PERSONAJES

---

JOSEFINA	22 años en el 1º acto.
MARTA	17 años en el 2º
ELISA	18 años en el 1º
MARIA	35 años en el 1º
JUANA	40 años en el 3º
CLAUDIA	( <i>Sirvienta</i> ) 50 años en el 2º.
LORENZO	60 años en el 1º
MONTERO	35 años en el 1º
RODOLFO	30 años en el 1º
RICARDO	27 años en el 1º
ALDAMA	28 años en el 1º
JOSÉ	15 años en el 3º ( <i>Este papel puede hacerlo una mujer</i> ).
AGUSTIN	25 años en el 2º
ANTONIO	43 años en el 1º
CUATRO CONCURRENTES	que hablan
UN LACAYO	
UN SIRVIENTE	
MUCAMA	
VOCES DE SEÑORAS	

---

Como la acción pasa en épocas distintas, debe tenerse en cuenta el aumento de edad de los personajes. Los trajes en armonía con las situaciones en que actúan.

El autor espera que el talento de los actores suplirá las deficiencias de la obra.

672559



# LA VIEJA DOCTRINA

---

## ACTO I.

*Lujoso vestíbulo de una casa-quinta. Vidriera en el foro con puertas á los costados, tras de las cuales se ven plantas. Estátuas, broncees, y muebles en relacion al conjunto. Puertas laterales. La primera de la izquierda sirve de entrada.*

## ESCENA I.

MARIA, ELISA y MONTERO *sentados á la derecha al rededor de una mesa con servicio de thé, que beben á intervalos. La segunda con un diario en la mano.*

MONTERO.—¿Entonces no la han vuelto á ver?

MARIA.—No, cinco años hacen. Desde que supimos el mal paso que había dado dejándose seducir, las puertas de esta casa quedaron cerradas para ella.

MONTERO.—¡Pobre Josefina!

ELISA.—No la compadezca, tío, que compasion no merece la que falta así á sus deberes.

MONTERO.—Juzgas con cruel ligereza su falta. Quizá si su horfandad hubiera sido amparada con la solicitud cariñosa de los suyos, la seduccion no hubiera encontrado medio propicio para consumir la deshonra de esa pobre niña .... El aislamiento y la soledad, sobrina, son malas consejeras cuando el alma siente afanes de ternura.

MARIA.—No diga tal cosa, primo. Sus malos instintos y su falta de religion, son las causas que la arrastraron al vicio. Ya se vé, su padre era libre pensador, su madre no se confesaba nunca y Josefina, educada en esa escuela, se burlaba de las ceremonias de la iglesia.

ELISA.—Dios la ha castigado.

MONTERO.—Eres demasiado jóven para saber que si Dios interviniera en estas cosas, no castigaria al que peca por amor, sino á los egoistas que preparan la situacion al pecador. Son ellos los que, para disculparse, condenan sin remision.

MARIA.—Lo que es nosotros, hicimos cuanto era necesario hacer por ella y por su madre, mientras esta vivía. Cuando quedó viuda con Josefina, que tenía entonces doce años, Antonio y yo no cesábamos de darle buenos consejos. Como estaban tan pobres y teníamos esta quinta abandonada, les ofrecimos que vinieran á cuidarla á cambio de que nos cosieran la ropa blanca de la familia. Aquí habrían estado perfectamente, manteniendo una apariencia de buena posicion.

MONTERO.—(*Con fina ironía*) Fué mucha generosidad!

MARIA.—Pero ¿lo creerá? Orgullosa como era la madre, rehusó nuestro generoso ofrecimiento y, sobretexto de la educacion de Josefina, no quiso salir de la ciudad. Buscó costuras hasta en las casas de confeccion. En vano fué que le hiciéramos ver el inconveniente de poner de manifiesto su precaria situacion. Parienta cercana mia, nos interesaba que ocultara su miseria para que la sociedad no la despreciara. Se negó á todo contestando ¡insensata! que no quería aparentar lo que no tenía, prefiriendo aceptar las responsabilidades de su situacion afrontándola con valor.

MONTERO.—En lo que hizo muy bien.

MARIA.—Tan no hizo bien que, reducidas á una pequeña habitacion y cosiendo para todo el mundo, se desacreditaron y perdieron sus buenas relaciones. Entonces las dejamos de ver.

ELISA.—En nuestra posicion no habíamos de ir nosotras á visitarlas al segundo patio de una casa de inquilinos.

MONTERO.—(*Con fina ironía*) Naturalmente, les daba vergüenza tener una parienta obligada á trabajar para vivir.

MARIA.—No era justo sufriera nuestro decoro por su terquedad en no salvar las apariencias.

MONTERO. (*Con ironía*) Para evitar la crítica y estar á la época, hay que ocultar las virtudes y mostrarse capaz de todas las impudicias. (*Viendo que Maria va á hablar*) No me diga nada; es lo que pasa.

MARIA.—Son exigencias de la sociedad.

MONTERO.—Que habla de moral y *desprecia* el cumplimiento del deber.

- ELISA.—Tio, ha vuelto Vd. de Europa más antiguo de lo que fué.
- MONTERO.—Si, en efecto, es muy antiguo proclamar la verdad y bogar contra la corriente.
- MARIA.—Por pensar como Vd. la madre de Josefina, se vió... como se vió y ésta, como hoy se encuentra.
- MONTERO.—Es por que los demás piensan y sienten como Vds.
- MARIA.—Ni nosotras ni los demás tienen la culpa de que perdiera la consideracion de las personas sensatas. ¿Quién va á respetar á dos mugeres que viven en un miserable cuarto?
- MONTERO.—Claro. El mendigo del cuento tenía razon: hasta para ser mendigo hay que tener capital.
- MARIA.—Lo cierto es que en esas condiciones de vida conoció á Josefina el que despues de muerta la madre fué su amante.
- MONTERO.—El que ajustándose á la moral imperante, encontró muy natural explotar la desgracia de la huérfana desvalida.
- MARIA.—No se hubiera atrevido á seguir ella nuestros desinteresados consejos.
- ELISA.—(*Que ha leído un momento antes en el diario*). Mamá tiene razon, y sinó vea Vd. como elogian aquí (*le alcanza el diario que Montero no toma*) á las de Merlo, que apesar de ser pobres se ingenian para mantener su rango.
- MARIA.—Como que concurren á todas las fiestas y son socias de varias cofradias.
- MONTERO.—Mejor fuera que los diarios... (*Interrumpiéndose*) Tienes razón, sobrina, mi moral está en desuso y las cosas viejas no agradan á la juventud... Hablemos de tu matrimonio.
- ELISA.—Al que Vd. no faltará.
- MONTERO.—Vamos á ver ¿estás enamorada del hombre con quien vas á casarte?
- ELISA.—Es un matrimonio que me conviene.
- MARIA.—Bueno fuera que no lo quisiera. Es un jóven tan distinguido como religioso. Puede decirse que el casamiento es hecho por el padre Farsieri, un santo varon. El nos lo presentó. ¿Quiere Vd. mejor garantía de que hará feliz á Elisa? Además de ser muy rico, es el único sobrino de mister Punker, y por consiguiente, su heredero forzoso.
- MONTERO.—Estuve en Lóndres con él hacen tres meses. Por cierto que me dijo que volveria con gusto si no fueran sus años y sus achaques. (*A Elisa*) Entonces tu novio se llama ...
- ELISA.—(*Interrumpiendo*) Rodolfo Punker.
- MARIA.—Es hijo de Don Guillermo, hermano del de Londres. Vd. estaba aquí todavía cuando murió hacen dos años.
- MONTERO.—Sí, recuerdo.
- ELISA.—Ahora conocerá á Rodolfo. El y otros amigos de la casa están convidados á almorzar. Vd. nos acompañará también.

MONTERO.—Tendré que privarme de ese placer, pues tengo que marcharme así que hable dos palabras con tu padre. Y á fé que tarda.

MARIA.—Tenía que ir al colegio de los padres para que permitian salir hoy á Agustín. Dé un paseo por la quinta así la conocerá. Le avisaremos cuando llegue Antonio.

MONTERO.—(*Levantándose*) Acepto la invitación, pues me gustan mucho las plantas. (*Se dirige al foro izquierdo*).

ELISA.—(*Indicándole el foro derecho*) Por allí, tío.

MONTERO.—(*Siguiendo la indicación*) No me perderé (*Vase*).

## ESCENA II.

MARIA, ELISA, ANTONIO y despues una MUCAMA.

MARIA.—Qué ideas las de tu tío! A ser como dice no habria sociedad posible.

ELISA.—Ya sabes que papá nos ha repetido que, sin práctica de la vida, es morador constante de las nubes.

MARIA.—(*Viendo entrar á Antonio por la 1<sup>a</sup>. lateral izquierda*). Ya está aquí tu padre.

ANTONIO.—(*Sacándose el sombrero*) Empieza á hacer calor. ¿No ha llegado Agustín todavía?

MARIA.—Aun no. Sin hacer sus deberes y rezar sus oraciones, no le dejarán salir.

ANTONIO.—Los buenos padres me aseguraron que lo mandarían enseguida. Por cierto que el chico se está volviendo muy travieso y hasta irreligioso.

MARIA.—¡Qué pícaro! Ya lo compondré cuando venga.

ANTONIO.—(*Con cariño á Elisa*) Alégrate pícarona! Tu ajuar está casi concluido....¡Qué esplendidez de trajes!....¡Pues nada digo del vestido de novia!

MARIA.—Va á estar divina!

ELISA.—Lo principal es llamar la atención.

MARIA.—Y causar envidia á tanta pobretona condenada al celibato. El día de la boda, las columnas de los diarios van á estar consagradas exclusivamente á la descripción de tus trajes y al valor y calidad de tus joyas y encajes.

ELISA.—Que invención tan interesante es la crónica social!

ANTONIO.—Por lo menos sirve para establecer la diferencia de clases y dar su verdadero lugar á las personas de posición.

ELISA.—Y para causar envidia á los que no la tienen.



MARIA.—(*A Antonio*) Ah! se me olvidaba: tu primo el Dr. Montero ha venido á buscarte.

ANTONIO.—¿Dónde está?

MARIA.—Te espera paseando por la quinta.

ANTONIO.—Bueno; lo veré así que me quite el polvo. No tendrá apuro.

MARIA.—Parece que sí.

ANTONIO.—(*Recapacitando*) ¿Qué me querrá? (*A Maria*) Alguien me ha dicho que Felipe está mal de fortuna, expuesto á la ruina.

ELISA.—(*Con espontaneidad*) Y yo que le convidé á almorzar!

MARIA.—Y tambien á la boda.

ELISA.—Para comprometerlo á enviarme un regalo.

ANTONIO.—(*A Elisa cariñosamente*) Interesada....

ELISA.—Así verán que tengo muchos obsequios.

MUCAMA.—(*Desde la puerta de entrada dirigiéndose á Maria*) Una mujer.... así.... parece decente, pide hablar con Vd. y la niña.

MARIA.—¿Qué quiere?

MUCAMA.—No me lo ha dicho.

MARIA.—¿Y su nombre?

MUCAMA.—Dice que se llama Josefina. (*Sorpresa de todos*).

ELISA.—¡Josefina!

MARIA.—¡Atreverse á venir!

ANTONIO.—¿Y á qué vendrá?

MARIA.—Presentarse tan luego en este dia que tenemos convidados.

ANTONIO.—Nos compromete si se sabe que es parienta nuestra.

ELISA.—Y sobre todo por Rodolfo.

ANTONIO.—Pues no se la recibe y que se vuelva con cajas destempladas. (*A la mucama*) Dígale que no recibimos.

MUCAMA.—Será inutil, pues, me ha advertido que no se irá sin comunicar á la señora y á la niña el asunto que la trae.

MARIA.—Atrevida! (*Consultando á Antonio con la mirada*) ¿Qué te parece? (*A la mucama*) Hágala pasar. (*Vase la mucama*) Así sabremos á lo que viene y la despacharemos antes que lleguen los invitados.

### ESCENA III.

*Dichos y JOSEFINA pobremente vestida.*

ANTONIO.—(*Adelantándose*) ¿Qué quieres? Si vienes por un socorro, habla y retírate.

JOSEFINA.—(Con desden) Tranquilicense: no vengo á pedir limosna.

MARIA.—Entonces, á qué?

JOSEFINA.—A decir á Elisa dos palabras en cumplimiento de mi deber.

ELISA.—(Con desprecio) No sé qué puede haber de cumun entre nosotras.

JOSEFINA.—Más de lo que tú crees, por mi desgracia.... ¿Es cierto que te casas?

ELISA.—¿Qué puede eso importarte?

JOSEFINA.—(Con energía) Contesta. (Viendo que Elisa permanece callada) Si, te casas, lo sé.

MARIA.—Pues bien, sí, se casa. (Con ironía) ¿Tratarías de impedirlo?

JOSEFINA.—(A María) Soy demasiado altiva para intentarlo. (A Elisa) ¿Y tu novio se llama Rodolfo Punker?

ELISA.—(Con imperio) Ese es su nombre.

ANTONIO.—(Con ironía) ¿Pretendes que te convidemos á la boda?

JOSEFINA.—(Mirándolo con desprecio y dirigiéndose á Elisa) Sabes que soy madre, que tengo un hijo; pero no sabes, sin duda, que su padre es tu novio.

ELISA.—¿Estas loca?

JOSEFINA.—Fuera mejor.

MARIA.—¿Qué dices?

JOSEFINA.—Que ni miento, ni vengo á hacer una escena sentimental, pues afronto las consecuencias de mi falta.

MARIA.—Es preciso haber perdido el juicio para inventar semejantes disparates. (A Elisa) No la creas, hija mia.

ELISA.—(A María y Antonio) Aunque fuera cierto, no necesito, ni debo conocer su vida de soltero.

ANTONIO.—Lo que quiere esta malvada es amargar tu dicha. (A Josefina) Vete!

JOSEFINA.—(Con sarcasmo) ¡Muy dichosa la hará! (A Elisa) No creas—ya lo sabes—que intente estorbar tu matrimonio. Vengo solo á decirte: antes de que sea tu marido, haz que reconozca á su hijo; que le dé el nombre que tiene derecho á reclamar.

MARIA.—¿Deseas promover un escándalo?

JOSEFINA.—(Con desdén) Me estimo demasiado en mi deshonra para querer perjudicarla con el escándalo. Precisamente por eso, porque soy como soy, no acudo á la justicia pidiendo pan para mi hijo. (Dirigiéndose á Elisa) Ya ves, con muy poco me contento. Nada quiero para mi.

ELISA.—Entiéndete con él.... A mi eso no me importa y además, no te creo.

ANTONIO.—(A Elisa) Haces muy bien.

MARIA.—La insensata inventa esta historia para explotar nuestra generosidad.

JOSEFINA.—(*Con altívez y profundo desprecio*) Nada les debo, y mi desgracia no les dá el derecho de injuriarme.

MARIA.—¡Tu desgracia!... Tu falta de relijión ¡impia!... Si fuera verdad lo que dices ¡qué alboroto judicial no hubieras promovido!

JOSEFINA.—Pregúntele si miento al que me abandona en la miseria para casarse por interés con Elisa (*A esta*) Sí, sábelo, no te ama; en tí no busca más que á la rica heredera.

ELISA.—(*Viendo aparecer á Rodolfo*) Cállate.

JOSEFINA.—(*Volviéndose á mirar*) ¿Viene? Dile que me desmienta.

#### ESCENA IV.

*Dichos y RODOLFO, que al entrar ve á Josefina y manifiesta sorprenderse y dominarse.*

RODOLFO.—(*Ap*) Audacia y serenidad. (*Se adelanta sonriente.*)

ELISA.—(*Saliendo á su encuentro é indicando á Josefina*) Esta.... señora pretende que es madre....

RODOLFO.—(*Con aplomo*) Y qué?

ELISA.—Es que pretende también que Vd. es el padre de su hijo.

RODOLFO.—(*Con profunda admiracion*) ¡Yo! (*Sonriendo y acercándose á Elisa*) Y Vd. como es natural, no lo ha creído haciendo justicia al caballero.

MARIA. Bien lo decíamos: no podía ser!

ANTONIO.—(*A Josefina*) Marchate impostora.

RODOLFO.—(*A Elisa*) Ni la conozco siquiera.

JOSEFINA.—(*Que ha demostrado esperar lo que dirá Rodolfo, dirigiéndose á este*) Ah! ¿no me conoces?....

RODOLFO.—Jamás la he visto.

JOSEFINA.—(*Con marcado desprecio*) Mientes ¡cobarde!

RODOLFO.—(*A Elisa*) Hay que compadecerla; debe estar loca.

JOSEFINA.—(*A Rodolfo*) Al que hay que *compadecer* es á ti, que excusas la responsabilidad de tu crimen, á ti que reniegas de tu hijo....(*Con profundo desprecio*) Me avergüenzo de haberte amado. Te desprecio!.... (*Le vuelve la espalda.*)

RODOLFO.—(*A Elisa*) No hay que contrariar su manía.

ANTONIO.—(*Acercándose á Josefina*) Te marchas ó te hago arrojar de aquí.

JOSEFINA. (*Dirigiéndose á la puerta, envolviéndolos en una mirada de supremo desprecio.*) ¡Miserables!!.... (*Vase.*)

RODOLFO.—(A *Elisa*) Lamento haber servido de pretesto á esa muger para dar á Vd. un disgusto.

ELISA.—(Con *indiferencia*) Yo no hago caso de estas cosas, por que no dudo de la lealtad del caballero.

MARIA.—(A *Elisa*) No nos ocupemos de eso. Vamos á vestirnos para el almuerzo.

ELISA.—(Con *cariñosa coquetería*) Hasta luego Rodolfo.

MARIA.—No tardaremos. (*Vanse las dos por la 2ª lateral derecha.*)

## ESCENA V.

RODOLFO y ANTONIO

ANTONIO.—Siento la contrariedad que le ha causado esa desgraciada.

RODOLFO.—(Con *indiferencia*) A mi ninguna. (*Ap.*) No me ha dado poco susto. (*A Antonio*) Sospecho que bien pudiera ser obra de algun interesado en Elisa que, por ese medio, intenta comprometerme á sus ojos.

ANTONIO.—(*Ap.*) No conviene manifestarle dudas. (*A Rodolfo*) A Elisa, como á toda muger de su condicion, no le faltan adoradores, pero, Vd. sabe, los padres no casamos asi no más á nuestras hijas sin estar convencidos que aseguramos su felicidad. A este respecto no tiene Vd., supongo, porque quejarse

RODOLFO.—(Con *efusion*) Nunca podré agradecer bastante la distincion con que Vds. me honran.

ANTONIO.—Merecida la tiene. (*Viendo entrar á Ricardo y Aldama*) Ya llegan nuestros amigos.

## ESCENA VI.

*Dichos* ALDAMA y RICARDO.

ALDAMA.—Señor Don Antonio. (*Le dá la mano lo mismo que á Rodolfo*) Amigo mio.

(*Ricardo hace igual cosa.*)

ANTONIO.—(*Indicándoles que se sienten*) Ya me extrañaba su tardanza.

RICARDO.—Me encontré con el doctor, (*Indica á Aldama*) y decidimos despedir los carruajes y hacer á pié una parte del camino.

RODOLFO.—(*A Aldama*) A Vd. que hace la vida sedentaria del estudio, le conviene el ejercicio.

ALDAMA.—Por eso mismo aprovecho las ocasiones que se presentan. Los pleitos me tienen abrumado de trabajo.

ANTONIO.—He visto complacido que es Vd. candidato á una banca en el parlamento. (*A Ricardo*) Su diario lo proclama.

RICARDO.—Y con justicia, Don Antonio.

ALDAMA.—(*Con fingida modestia*) Ya vé Vd. los amigos se empeñan en echar esta carga sobre mis hombros, que quizá es superior á mis fuerzas.

ANTONIO.—No sea Vd. modesto, la opinion dice lo contrario.

RICARDO.—(*Ap.*) La de los ministros á quienes adula. (*A Antonio*) En el congreso se necesitan hombres de orden que se preocupen, como el doctor, de los intereses positivos del pais y ayuden al gobierno á mantener la paz.

ANTONIO.—Que es lo que interesa á los que tenemos que perder.

ALDAMA.—Dice Vd. bien: es preciso radicar la paz concluyendo con las oposiciones, y, sobre todo, con esas ideas anárquicas que empiezan á manifestarse en las últimas capas sociales. Podrá así establecerse sobre ellas el predominio absoluto de las clases conservadoras, que son las que constituyen la riqueza del pais y su progreso verdadero.

RODOLFO.—(*Ap.*) Ya toma á lo serio su papel.

ANTONIO.—No piensa como Vd. su tío abuelo y mi viejo amigo Don Lorenzo—que almorzará también con nosotros. Y es extraño, por cierto, opiniones tan avanzadas en un hombre *tan rico* como él; porque dicen que tiene mucho dinero. Vd., que será su heredero, debe saberlo.

ALDAMA.—(*Aparentando indiferencia*) No me he preocupado de averiguarlo.... Mi viejo tío, Vds. le conocen, es un hombre muy raro y difícil de entender. Les diré con franqueza: está resentido conmigo por que me opuse al casamiento de mi hermana. Era tan pobre el novio que no le ofrecía porvenir alguno.

ANTONIO.—Hizo Vd. perfectamente en oponerse.... ¿Y dónde está ahora ese matrimonio?

ALDAMA.—Disgustados conmigo se fueron al Brazil á trabajar. Nada pude hacer yo. Mi hermana era mayor de edad, y como no tenemos padres, hizo su voluntad.  
(*Tos cerca de la puerta de entrada.*)

ANTONIO.—(*Escuchando*) Ya tenemos aquí á su tío. Hablando del rey de Roma....

RICARDO.—(*Viendo entrar á Lorenzo*) Asoma la legendaria levita de Don Lorenzo.

ESCENA VII.

*Dichos y LORENZO*

ANTONIO.— (*Estrechándole afectuosamente la mano*) Ya se hacía notar su ausencia; pero me dije: mi querido amigo Don Lorenzo sabiendo la estimación que le profeso, no desairará mi invitación.

LORENZO.— (*Con risita cortada por golpes de tos.*) Gracias, muchas gracias. Le había prometido venir, y ya sabe que cuando prometo....

ALDAMA.— (*Interrumpiendo.*) Cumple siempre. Su palabra tiene fuerza de ley.

LORENZO.— (*Dándose vuelta.*) Hola! sobrino, ¿estabas aquí? Me alegro, me alegro de verte, (*Dirigiéndose á Rodolfo y Ricardo*) y á Vds. también, eh, por supuesto.

RICARDO.— Gracias, Don Lorenzo, por la parte que me toca.

RODOLFO.— Lo mismo digo yó.

LORENZO.— No hay de qué, Vds. son acreedores.... (*Tos y ap.*) á mi desprecio. (*A ellos*) Esta tos que no me deja.

RICARDO.— Ojalá lo fuéramos suyos por una suma crecida.

LORENZO.— No saldrian muy bien librados.

ANTONIO.— Ahora que está aquí mi viejo amigo y todos en tan buena compañía, permítanme que los deje por un momento mientras aseo mi persona cubierta de polvo.

LORENZO.— Vaya, vaya Vd. Ya sabe que soy partidario de una higiene radical.

ANTONIO.— Entonces con el permiso de Vds. (*Vase por la primera lateral derecha.*)

ESCENA VIII.

*Dichos, menos ANTONIO.*

RODOLFO.— (*Indicando á Lorenzo, ap. á Ricardo*) Con este maldito viejo nunca sabe uno á qué atenerse: si se burla ó habla en serio.

RICARDO.— (*Ap. á Rodolfo.*) Dicen unos que es dechado de bondad, y sostienen otros que es prestamista usurero.

LORENZO.—(A Aldama.) Con que vas á ser diputado, eh?

ALDAMA.—Así dicen.

LORENZO.—Te felicito, pues, como hombre *sensato*, sabrás mantener tu posicion no comprometiendo opiniones.

RICARDO.—Eso no es posible.

LORENZO.—Pero es el modo de estar bien con todos. (*Acariciándole el hombro á Aldama.*) Mi sobrino tiene mucho juicio y es muy *práctico* en los negocios de la vida.

ALDAMA.—Pues precisamente haré todo lo contrario: sostendré decididamente al gobierno.

LORENZO.—(*Tosiendo.*) Es tambien un buen medio de subir.

ALDAMA.—(A Rodolfo.) Si no es indiscrecion la mia, sáqueme de una curiosidad. ¿Salía de aquí una jóven que encontramos al llegar?

RODOLFO.—(*Recapacitando.*) Ah! sí, de aquí salía.

ALDAMA.—(*Ap. con visible satisfaccion.*) Es ella! mi anónimo surtió efecto.

RICARDO.—A mi me llamó la atencion por la hermosura. (A Lorenzo) No se escandalice Don Lorenzo, tambien Vd. ha sido jóven.

LORENZO.—(*Sonriendo con tosesita.*) Y mis ojos lo son todavia. La vejez se atrinchera en ellos. Jé, jé, jé.... Tambien la miré.... y á fé que es muy bonita. (A Rodolfo.) Y ¿quién dice el señor que es?

RODOLFO.—No la conozco.... Me parece que venía en demanda de un socorro.

LORENZO.—(*Ap.*) Infeliz!

RICARDO.—(A Lorenzo, *sonriendo burlonamente.*) Sin saber *quién es ella*, quedan defraudadas sus amorosas pretensiones.

LORENZO.—Qué hemos de hacerle. Verdaderamente tiene Vd. el don de adivinar intenciones. La joven, en efecto, me ha gustado mucho.

RICARDO.—(*Con sonrisa burtona*) ¡Habrased visto el libertino!

LORENZO.—(*Ap.*) Imbécil!

ALDAMA.—Ya está Vd. tio, muy viejo para esas fiestas.

LORENZO.—Viejo, eh! ¿qué sabes tú?... Al amparo del viejo árbol crece lozana la debil planta que produce flores de exquisito aroma. Su tronco carcomido y desgajado, le defiende del vendabal que azota la pradera llevándose el perfume de las flores sin abrigo. Jé, jé, jé.

RICARDO.—Bravo Don Lorenzo, ese parráfo de literatura.... florestal, causaria envidia á un adolescente enamorado.

LORENZO.—Jé, jé, jé.... Lo cierto es que si hubiera en la sociedad muchos árboles, viejos y carcomidos como yo, tendríamos la ventaja de respirar un ambiente impregnado de perfumes más saludables para el espíritu.

RODOLFO.—(*Con ironía*) Sublime! Le propongo formar parte de la redaccion de «La Bolsa», diario que vamos á fundar en breve.

LORENZO.—Muy bonito nombre, responde á su objeto; pero mejor le quedaría La Especulacion y sería más sugestivo. Jé, jé, jé.

RICARDO.—Decididamente le ofrezco la seccion literaria de mi diario.

LORENZO.—Qué gracioso.... Pero ya que quiere favorecerme, preferiría que me encargara de la seccion de moral.

RICARDO.—Esa la reservo exclusivamente para mi.

LORENZO.—(*Con fina ironía*) Basta leer su importante publicacion para comprobarlo. (*Tosecita*)

RODOLFO. (*Ap.*) Mordaz el viejo.

RICARDO.—(*Viendo aparecer por el foro derecho á Montero*) Aquí viene un hombre de ciencia.

RODOLFO.—(*Ap. á Ricardo*) No debe ser mucha cuando se ha arruinado. Lo supe ayer en la bolsa.

## ESCENA IX.

*Dichos y MONTERO. Al final MARIA y ELISA.*

MONTERO.—(*Saludando á todos*) Buenos días mis amigos.

ALDAMA.—(*Dándole efusivamente la mano*) Mi querido doctor, mañana le mandaré el libro que ofrecí prestarle. Como es el único ejemplar que existe aquí y es recuerdo de un amigo, no se lo regalo.

RICARDO.—(*Con disimulo, ap. á Aldama*) Pierde su amabilidad porque el doctor está arruinado.

ALDAMA.—(*Ap. á Ricardo*) Debí prevenirme antes para no ofrecerlo.

LORENZO.—(*Que ha oido, ap.*) ¡Arruinado! no lo merece.

MONTERO.—(*Que se ha sentado, dirigiéndose á Aldama*) Con que quedamos en que me mandará ese dichoso libro.

ALDAMA.—(*Con indiferencia*) Si lo encuentro.... porque, francamente, no estoy ahora seguro de tenerlo.

LORENZO.—(*Que se ha sentado al lado de Montero, estrechándole la mano*) ¡Tendremos el gusto de almorzar tambien con Vd.?

MONTERO.—Me privaré de ese placer, porque solo he venido á hablar dos palabras con Antonio.



LORENZO.—Lo siento de veras.. .Llamaremos para que lo anuncien.

(*Ademán de levantarse*).

MONTERO.—(*Conteniéndolo*) No es necesario, señor don Lorenzo. Estuve ya con la familia y mientras llegaba mi primo fuí á dar una vuelta por la quinta.

LORENZO.—Don Antonio vino, pero ha entrado á cambiarse de traje.

MONTERO.—Esperaré aquí á que lo haga.

RODOLFO.—(*Dirijiéndose á Montero*) Vendría Vd. muy temprano, porque hace rato que hemos llegado y no le hemos visto.

RICARDO.—A saber que estaba, no nos hubiéramos privado de su sociedad.

MONTERO.—Me entretuve mirando...

RODOLFO.—(*Interrumpiendo*) Como buen botánico, la hermosa coleccion de plantas raras.

MONTERO.—No, mirando la inmensa cantidad de gente que va á la peregrinacion en el tren, parado un momento en la estacion que dá á los fondos de esta quinta.

RODOLFO.—No es extraño, tienen mucho prestigio los milagros de la virgen de la Estrella.

MONTERO.—Preocupaciones, mi amigo.

ALDAMA.—(*Con gravedad*) No diga tal ...Conocida es la historia de esa gloriosa imagen.

MONTERO.—La gloria será, en todo caso, del que talló el pedazo de madera, si lo hizo con arte.

ALDAMA.—Pué es ese pedazo de madera, como Vd. dice, empezó por dar vista al ciego que la encontró en medio del campo.

RICARDO.—(*Ap. á Rodolfo*) Que hipócrita.

RODOLFO.—(*Ap. á Ricardo*) Estará interesado en el negocio.

LORENZO.—A fé que es curioso que un ciego encuentre una cosa tan pequeña en campo abierto. (*Tosecita*)... Cuenta, cuenta, sobrino, cómo fué.

ALDAMA.—(*Siempre con gravedad*) Sí que contaré para confusion de los incrédulos. (*Breve pausa*) El ciego caminaba á la ventura....

LORENZO.—(*Interrumpiendo*) Y tropezó con la imagen. (*Ricardo y Rodolfo sonrien*).

ALDAMA.—Nada de eso... Caminaba á la ventura cuando le pareció que una debil luz iluminaba su retina. Sorprendido se pasó la mano por los ojos y cayó de rodillas invocando á Dios con todo el fervor de su fé religiosa.... Se levantó fortalecido en su creencia y siguió caminando. A medida que avanza, la claridad aumenta como si se aproximara á un poderoso foco de luz... Derrepente ¡nueva sorpresa! oye una voz celestial que le dice: tu fé te salva; ya tienes vista; y el ciego *vió* la imagen de la virgen rodeada de vívidos

resplandores, que partían de una pequeña estrella que tenía en la frente.

LORENZO. —Sería algun sonámbulo.

ALDAMA. —No blasfeme, tío... Quiére Vd. mayor milagro que el que le hizo á la señora de Aranda, á quien el marido le daba vida tan amarga?

LORENZO. —No lo conozco.

ALDAMA. —Pues la señora donó á la virgen diez mil pesos para la creacion de una iglesia, y desde entonces vive trauquila y feliz.

RICARDO. —(*Ap. á Rodolfo*) Porque el marido se fué á Europa con una querida.

ALDAMA. —¿Y no anda caminando don Francisco Calderon despues que se hizo llevar en una camilla hasta el santuario y le donó tambien cinco mil pesos para que le curara el tumor que tenía en el tobillo?

MONTERO. —Perdone doctor; á ese le corté yo el pié remplazándolo por uno artificial que se trajo de Norte América.

RICARDO. —(*A Montero*) ¿Entonces Vd. duda de los milagros?

MONTERO. —La ciencia no cree en ellos. ¿Cree Vd. acaso?

RICARDO. —No me he preocupado del asunto.

MONTERO. —¿Porqué los proclama entonces en su diario contribuyendo á condensar las sombras de la ignorancia?

RICARDO. —Porque soy hombre *práctico*, doctor.

MONTERO. —¿Y eso significa?

LORENZO. —Practicar la conveniencia.

RICARDO. —*Saber vivir*.

LORENZO. —(*Ap. á Montero*) Sacrificando el deber y la moral.

RODOLFO. —No me extraña que el doctor no tenga creencias religiosas. Es médico y como tal materialista.

MONTERO. —Vd. se equivoca. Creo en la eficacia del bien haciéndolo á mis semejantes. Mi religion es de amor y de justicia.

RODOLFO. —La justicia es una utopia

MONTERO. —Que será la verdad de mañana.

RODOLFO. —El mundo, doctor, será siempre lo mismo y los hombres obrarán de igual modo.

MONTERO. —No, porque el progreso modificará los medios de vida haciendo á los hombres mejores de lo que son. No sentirán la necesidad ni tendrán la ocasion de ser malos.

RODOLFO. —Teorías y nada más que teorías.

MONTERO. —Se equivoca tambien. Los actos del hombre son casi siempre el resultado, no de su voluntad, sino de causas ajenas á ella, que influyen sobre su espíritu, lo dominan y lo impulsan. El gérmen mórvido, la mole, el átomo, el hambre, el frio, la nube que pasa, el rostro que mira, el eco que suena, el medio ambiente en fin, germinan,

desarrollan, elaboran y producen lo horrible y lo bello, la virtud y el crimen.

RODOLFO.—Para que pudiera existir ese mundo....ideal en que Vd. sueña, sería necesario que todos fueran buenos; y para conseguirlo habría que empezar por esterminar al criminal inato, al degenerado, á todos los perjudiciales é inútiles á la sociedad.

MONTERO.—¿Qué haría Vd. si tuviera la desgracia de un hijo deforme, loco ó idiota? No se convertiría seguramente en uno de esos seres que Vd. cree necesario esterminar. Le prodigaría mayores cuidados, comprendiendo que no por su voluntad consume sin producir, ni está excluido por eso de la parte que le corresponde en los beneficios del hogar. Así en mi mundo *ideal*, la comunidad será la familia del degenerado: amparará con amor su desventura, y al hacer por él la parte de trabajo que debiera corresponderle, no creará que le hace caridad, ni que le dá más de lo que tiene derecho á poseer.

MARIA.—(*Dirijiéndose á Montero desde la 2ª lateral derecha*) Antonio lo espera, doctor.

MONTERO.—(*Dirijiéndose á María*) Voy allá, señora. (*Saludando*) Con el permiso de Vds. (*Vase por la 1ª lateral derecha*).

RICARDO. (*Por Montero*) Que visionario!

RODOLFO.—Es loco.

LORENZO.—(*Ap.*) Lo fecundo babeado por lo esteril.

## ESCENA X.

*Dichos ELISA y MARIA.*

MARIA.—(*Adelantándose á la escena con Elisa*) Nos disculparán si hemos tardado. (*Se saludan mutuamente con Aldama y Ricardo*).

RICARDO.—Nunca es tarde cuando se tiene el placer de ver á Vds.

MARIA.—(*Fijándose en Lorenzo, que se retiró del grupo al irse Montero*) Señor don Lorenzo, al fin tenemos la satisfaccion de verlo por la quinta.

LORENZO.—El dichoso soy yo, señora, y por eso me he apresurado á aceptar la invitacion del señor don Antonio. (*Tosecita*).

ELISA.—(*Con xalamería*) Fijate, mamá que rejuvenecido está don Lorenzo.

- LORENZO.—Muy galante, hijita, muy galante. La verdad que me siento fuerte y si no fuera por estos malditos bronquios....  
(Tos)
- ELISA.—Quite Vd. allá, si está más fresco que un boton de rosa. Nadie diría la edad que tiene.
- LORENZO.—Sesenta, hijita, sesenta; y por cierto que al verte tan linda quisiera tener solo la mitad.
- ELISA.—(Con conquetería) Qué pícaro, zalamero!
- MARIA.—(A Ricardo y Aldama) ¿Qué novedades traen Vds. de la ciudad?
- RICARDO.—A no ser del casamiento de Elisa no se habla de otra cosa.
- ELISA.—(Con satisfaccion) Jesus!
- MARIA.—(Fingiendo modestia) Eso no tiene importancia, sino para los interesados.
- ALDAMA.—La boda de personas de la posicion de los novios interesa á toda la sociedad. Es, puede decirse, un acontecimiento. (Elisa y Maria demuestran satisfaccion).
- RICARDO.—Y con razon, pués, todos los dias no se casan la rica y bella heredera, adorno de «nuestra sociedad distinguida» y el más habil y afortunado de los especuladores de bolsa.
- ALDAMA.—(Ap. á Ricardo) Y el pícaro más audaz.
- RICARDO.—(Sonriendo, ap. á Aldama) Lo que se piensa de los amigos no debe decirse.
- LORENZO.—(Que manifiesta haber oído, ap. á Aldama) Sobre todo cuando han levantado la caza á que se había hecho puntería....(Tosecita).
- RODOLFO.—(Que durante los apartes ha simulado conversar con Elisa) En cuanto á la dicha inmerecida que hará la felicidad de mi vida, cuanto se diga es poco; pero no acepto las exageraciones respecto á mi habilidad comercial.
- ALDAMA.—(Con fina ironía) Tiene Vd. que cargar con el peso de su fama.
- RICARDO.—Muy merecida y muy envidiada.
- RODOLFO.—Por los que no conocen mis esfuerzos.
- MARIA.—Que lo hacen acreedor á la consideracion de los que sabemos apreciar el verdadero mérito.
- RODOLFO.—Me abruma con sus bondades.
- LORENZO.—(Ap. á Aldama con marcada ironía) Debieras asociarte á él para operar en la bolsa. Ambos se completarian.
- ALDAMA.—(Ap. á Lorenzo) Buena idea! La seguiré aunque su intencion sea otra al dármele. (Lorenzo se retira y haciéndose el distraído finge contemplar un objeto cualquiera).

ESCENA XI.

*Dichos y MUCAMA por el foro izquierdo, MONTERO y ANTONIO en seguida, por la 1ª lateral derecha*

MUCAMA.—(*Desde el foro*) Señora, el almuerzo está servido. (*Vase.*)

MARIA.—A la mesa (*Se toma del brazo de Aldama, que se ha apresurado á ofrecérselo, lo mismo que Rodolfo á Elisa*)

RICARDO.—(*Dirijiéndose á Lorenzo con la accion de lo que dice*) Sin que sirva para estimular su vanidad, le ofrezco mi brazo.

LORENZO.—(*Con su equívoca risita*) Pues no lo acepto; me comprometería Vd. (*Indicando á Antonio que aparece con Montero en la puerta*) Me quedo á esperar á don Antonio.

MARIA.—(*Dirijiéndose á Antonio*) ¿No vienes?

ANTONIO.—Vayan, en seguida las sigo.

ESCENA XII.

*MONTERO y ANTONIO en la puerta, y LORENZO que aparenta distraccion, se acerca á ellos manifestando prestar atencion á lo que hablan.*

MONTERO.—(*Ap. á Antonio*) No te echo en cara los favores que te hice; pero no creo en tu estimacion cuando teniendo las arcas llenas, te niegas á prestarme una cantidad relativamente pequeña, sabiendo que con ella me salvas de la ruina.

ANTONIO.—Es que....ya te lo he dicho....en este momento....

MONTERO.—No gastes palabras sin utilidad para tu bolsa, y ...que te haga buen provecho el almuerzo.

ANTONIO.—Pero....

MONTERO.—(*Separándose sin darle la mano*) Adios.

ANTONIO.—(*Encogiéndose de hombros*) Phes! como quieras. (*Dirijiéndose á Lorenzo.*) Vamos, don Lorenzo.

LORENZO.—(*Indicando con la mano á Montero que se detenga*) En seguida iré. Permítame que hable primero con el doctor. (*Se acerca á Montero.*)

ANTONIO.—(*Encaminándose al foro*) Bien. Lo esperamos en la mesa. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

LORENZO y MONTERO *cerca de la puerta de salida*

MONTERO.—¿Qué desea, don Lorenzo?

LORENZO.—Vea, doctor... tengo desocupado un dinerito... poca cosa..., así como cien mil pesos, que deseo colocar en manos seguras y he pensado que Vd. pudiera necesitarlos.

MONTERO.—Sí, efectivamente, tengo urgente necesidad de dinero, aun que no de cantidad tan crecida.... (*Como asaltado por una idea repentina*) Pero ¿por qué ha pensado tal cosa? ¿Sabe, ha oído acaso lo que decia á Antonio?

LORENZO.— (*Con tono resuelto y sin reír ni toser*) Pues bien sí, doctor, alguna palabra llegó hasta mí y he comprendido que se encuentra en grave compromiso por falta de dinero que inutilmente ha venido á buscar á esta casa. Por eso, y porque deseo ser útil á un hombre como Vd., le ofrezco lo que necesite.

MONTERO.—¿Y si no tengo como pagarle?

LORENZO.—Su providad es mi mejor garantía.

MONTERO.—Pero me amenaza la ruina.

LORENZO.—Precisamente para evitar su ruina, para que no se consume esa injusticia de la suerte, *quiero* ayudarle á conjurarla. Si no necesitara Vd. de mi dinero ¿se lo ofrecería á caso?

MONTERO. (*Con emoción*) Jamás, lo confieso, sospeché en Vd. tan noble desprendimiento.

LORENZO.—En el mundo, amigo mio, no siempre somos lo que aparentamos, y, desgraciadamente, juzgamos por las apariencias.

MONTERO.—¿Que hermoso es levantar al caído!

LORENZO.—Pero es todavía mejor no dejarlo caer y salvar á un miembro útil á la sociedad, pues son tan pocos, que perdería esta demasiado.

MONTERO.— (*Conmovido*) Ah! señor, no lo comprende ella así.

LORENZO.—Porque la ferocidad de sus egoismos, no la deja ver su propia conveniencia. (*Viendo que Montero vá á hablar*) No me diga nada. Esta noche en mi casa tendrá lo que necesite.

MONTERO.—Seré su deudor con alma y vida.

LORENZO.—A condicion de que nadie lo sospeche siquiera.

ESCENA FINAL

*Dichos y ANTONIO por el foro*

ANTONIO.—(*Desde el foro*) Señor don Lorenzo, el almuerzo lo reclama.

LORENZO.—(*Estrechando la mano á Montero*) No lo olvide: en mi casa esta noche. (*Se separa de Montero y se dirige empezando á toser al encuentro de Antonio, que baja á la escena.*) Aproveché la ocasion de consultar al doctor sobre mis bronquios.

ANTONIO.—(*Riendo*) Comprendo: sin necesidad de pagarle la consulta.

LORENZO.—(*Tomándolo del brazo y mirándolo fijamente*) Precisamente.... Tiene Vd. una admirable penetracion. (*Con golpes de tos, se dirijen al foro*).

*Telón rápido.*

---

## ACTO II.

*La escena representa:— sobre el costado izquierdo del foro, la puerta de entrada y el frente de una casa suntuosa, en cuyo zaguán hay un farol al gusto del día. En el costado lateral, después del espacio que simula la calle, el frente de dos casas distintas. La del primer término tiene al lado de la puerta un banco de mármol, que aparenta estar incrustado en la pared, y del otro lado, un ventanillo con rejilla. Sobre la puerta un letrero con esta inscripción: «Kermesse de caridad». Al costado derecho de la escena, y no muy sobre la batería, habitación pobre, con puerta lateral, ventana que dá al foro y puerta de entrada á la calle que, se supone, la separa de las casas de la izquierda. En el centro una mesa con algunas piezas de costura, una lámpara, una cómoda ordinaria sobre la que hay estudios de escultura y una taxa grande tapada con un plato; dos ó tres sillas, etc.*

### ESCENA I.

MARTA y RICARDO en la puerta de la casa del costado izquierdo. Ricardo poniéndose los guantes. Marta pobrísimamente vestida. Empieza á declinar el día.

RICARDO.—Mi señora hermana tiene razón. ¿Cómo quiere que la ocupe de costurera (*Indicando el traje de Marta*) en tales condiciones? Múdese de traje y...es posible que la acepte.

MARTA.—(*Con amargura*) ¡Si no tengo otro!...Para poder comprarlo y tener con qué comer, quiero colocarme....No pide pan el harto.

RICARDO.—Dudo que lo consiga envuelta en harapos.

MARTA.—Si no yendo bien vestida se me rehusa el trabajo, es negarme el derecho de vivir.



RICARDO.— Qué hemos de hacer? la culpa no es mia. (*Fijándose en Marta al verla más á la luz*) Pero no tiene Vd. necesidad de buscar trabajo para conseguir cuanto quiera. (*Ap.*) Diablo! y yo que no me había fijado.... ¡Qué torpe soy!

MARTA.— ¡Qué dice, señor?

RICARDO.— (*Con voz insinuante*) Que es demasiado hermosa para estar al servicio de nadie cuando puede tener esclavos que se considerarían felices en satisfacer sus deseos.

MARTA.— ¡Servidores yo!... Es Vd. cruel burlándose de una desgraciada sin amparo.

RICARDO.— Estoy muy lejos de burlarme. Yo mismo, si Vd. quisiera, la rodearía de comodidades consagrándome á servirla.

MARTA.— (*Con dignidad*) ¿A qué título?

RICARDO.— (*Sonriendo con intencion*) ¿Y me lo pregunta? Pues, ¿á qué título ha de ser? Al de *amigo fiel*, á cambio de.... un poquito de amor de su parte.

MARTA.— (*Con altivex*) Soy honrada y quiero seguir siéndolo. Pido trabajo, no ignominia. (*Accion de alejarse*)

RICARDO.— Pero escuche: el ser honrada no impide que....

MARTA.— (*Interrumpiendo*) Adios, señor. (*Se retira y mira la otra casa del foro*)

RICARDO.— (*Ap.*) Quiere hacerse valer. (*Saca el reloj*). ¡Cáspita! va á ser la hora y no debo hacerla esperar. (*Al irse hácia la derecha, dirigiéndose á Marta.*) Cuando cambie de opinion, ya sabe donde vivo. Pregunte al portero por don Ricardo y bajaré á hablar con Vd.... Nos entenderemos. (*Vase.*)

## ESCENA II.

MARTA sola

¡Villano! (*Breve pausa.*) ¡Todos lo mismo! ... Busco trabajo para vivir honrada y me ofrecen oprobio! No.... Pero ¿qué puedo hacer? Necesito alimentarme.... Soy tan jóven para morir.... ¡de hambre! (*Breve pausa.*) Ya que no consigo trabajo como costurera, me ofreceré de sirvienta. (*Indicando la cosa del foro.*) Tal vez en esa casa lo encuentre. (*Fijándose en un criado que mientras ella habla, enciende el farol del zaguan y sale despues.*) Sale un hombre humilde, y será más humano. Por lo menos, no me ultrajará como los otros. Le hablaré.

ESCENA III.

MARTA y el CRIADO que sale y se dirige á la derecha

MARTA.—(Deteniéndolo) ¿Es Vd. de esa casa?

CRIADO.—Sí ¿porqué?

MARTA.—Busco colocacion ¿No necesitarían una sirvienta?

CRIADO.—(Mirándola el traje) Sirvienta ¡con esa facha!

MARTA.—Qué importa, si cumplo con mi obligacion?

CRIADO.—(Con grosería) ¿Quién te recomienda?

MARTA.—Mi honradez.

CRIADO.—Tá, tá tá, todas dicen lo mismo. La honradez con ese traje no te ha de dar para comprar coche.

MARTA.—La necesidad me obliga....

CRIADO.—(Interrumpiendo) Ya, ya comprendo. Lo que quieres es limosna. Si no tienes qué comer, (Señala la Kermesse) ahí, en esa casa hay una *quermesa* de caridad para una capilla. Se reunen muchas señoronas y más tarde habrá fiesta. Pasa por allí que puede ser que te den algo. (Marta se vuelve para alejarse y entonces el criado le ve bien la cara) Ah! pero eres linda ¿Porqué no lo dijiste? Te daré todo lo que quieras, prenda. (Trata de abrazarla.)

MARTA.—(Rechazándolo) ¡Canalla! Retírese usted....(El criado la mira un momento y se separan en distintas direcciones.)

ESCENA IV.

JOSEFINA y CLAUDIA, saliendo por la única lateral á la habitacion de la derecha.

JOSEFINA.—Es preciso, mi pobre Claudia, que vayas pronto á entregar estas costuras (Indica las que están sobre la mesa) y que no vuelvas sin que te las paguen. No hay en casa un centavo con qué preparar la comida á José cuando regrese del taller.... Y no debe tardar.

CLAUDIA.—(Haciendo un atado con las costuras) Tal vez el maestro le haya pagado el mes que le debe y el niño traiga dinero.

JOSEFINA.—Tambien el pobre viejo escultor, á pesar de su talento, y

precisamente porque lo tiene, apenas si gana lo necesario para vivir, y José no debe ser exigente.

CLAUDIA.—Pero trabajar para que no le paguen....

JOSEFINA.—Demasiado hace con enseñarle su arte inspirándole nobles ideales. Hará de mi hijo un artista, un gran artista, me lo anuncia el corazón.

CLAUDIA.—No se tiene con eso para comer; acaba Vd. de decirlo.

JOSEFINA.—Mientras él estudia, yo trabajaré sin descanso para mantenerlo. Soy fuerte y jóven todavía.... Pero anda pronto y no demores.

CLAUDIA.—(*Tomando el atado*) Voy, voy tan ligera como mis piernas lo permitan. (*Vase por la puerta que dá á la calle, doblando en el ángulo que forma la habitación para desaparecer rápidamente á la vista del público.*)

## ESCENA V.

JOSEFINA y despues ELISA y JOSÉ. *Empieza á oscurecer*

JOSEFINA.—José no puede tardar. Ya debia estar aquí. ¿Si le habrá sucedido algo? Las madres siempre vivimos intranquilas. (*Se dirije á la puerta de calle, la abre, mira y vuelve á cerrar.*) No se vé á nadie.

(*JOSÉ aparece en la esquina del foro trayendo del brazo á ELISA desfalleciente. El primero vestido modestamente y la segunda con elegante traje oscuro, gorra y velo á la cara.*)

JOSÉ —(*Golpeando la puerta*) Abre, mamá.

JOSEFINA.—(*Abriendo. Sorprendida*) ¡Con una señora!

JOSÉ.—(*Entrando con ELISA*) Una silla, pronto!

JOSEFINA.—(*Que ha cerrado la puerta, aproxima una silla y Elisa se deja caer en ella sostenida por José.*) ¿Qué es esto? ¿Qué sucede?

JOSÉ —(*Con voz breve*) Un carruaje con las cortinillas corridas atropella á un anciano que cruza la calle. Yo que venía, me acerco, abro la portezuela de la izquierda al tiempo que un caballero empuja á esta señora, diciéndole que huya para que no la vean, mientras que revienta la otra portezuela, que tratan de abrir del lado de la vereda, un vigilante y varios curiosos. Ella cae en mis brazos. El otro abre entonces y salta afuera.

ELISA.—(*Con voz trémula*) No quise exponerme á los comentarios de la gente que se reunía.

JOSEFINA.—(*Dando á entender que ha comprendido*) ; Ah!....ya comprendo!

ELISA.—Si....ya vé Vd., señora....yo....agua....(*Se desvanece.*)

JOSÉ.—Se ha desmayado. Pronto, agua de colonia.

JOSEFINA.—No hay. Echale aire con su abanico. Voy por vinagre.  
(*José hace lo que le indica Josefina, que vuelve con una botella, y levantándole el velo le frota la frente. A José*)  
¿Quién es?

JOSÉ.—No la conozco. (*Sacando del bolsillo una cartera*) Esta cartera que recojí del suelo cuando ella descendió del carruaje contendrá tarjetas y podrá informarnos.

JOSEFINA.—(*Que ha tomado la cartera*) Nada se vé. Enciende la lámpara.

JOSÉ.—(*Se acerca á la mesa y enciende la lámpara.*) Ya está. (*Vuelve á echar aire á Elisa*)

JOSEFINA.—(*Sin mirar á Elisa se aproxima á la luz y abre la cartera.*) Dinero....tarjetas....(*Saca una, la lee y con señales de una gran sorpresa se acerca á Elisa y le mira el rostro.*)  
¡Ella!

JOSÉ.—(*Con afan*) ¿Quién?

JOSEFINA.—(*Mira á José y hace visibles esfuerzos por dominarse*) Nadie....creía que....(*Palpando á Elisa*) Pero esta señora no vuelve en sí. Corre, corre, hijo mio, á buscar un médico. Cerca, á la vuelta creo que hay uno.

JOSÉ.—Ya sé donde es. Lo traeré en seguida. (*Vase.*)

## ESCENA VI.

JOSEFINA y ELISA, despues MONTERO y JOSÉ

JOSEFINA. ¡Elisa en mi casa y bajo mi proteccion!....No lo supondría ella hacen diez años, cuando me arrojó de la suya. Lo que menos me figuraba era volverla á ver de esta manera.... Porque....comprendo lo que ha pasado....No iba con su marido en ese carruaje, y.... ¡es mi hijo! quien la sustrae al compromiso....y soy yo quien la ampara!.... Dueña de su secreto, podría vengarme, pero ¡no! Castigada está por sí misma. Su conducta venga los ultrajes que me infirió....Salvaré su reputacion....y ni José sabrá quien es.

JOSÉ.—(*Al llegar con Montero á la puerta*) Aquí es. Pase doctor.  
(*Abre y entran cerrando José la puerta.*)

- JOSEFINA.—(*Ap. al ver á Montero*) Lo recuerdo: es el doctor Montero. (*Lebaja á Elisa el velo sobre el rostro.*)
- MONTERO.—(*Que se ha dado cuenta de la situacion, deja el sombrero*) Un desfallecimiento. Sé lo que ha pasado por este jóven. No será nada. (*Se acerca y le toma el pulso*) Un poco débil; pero late regularmente. No hay peligro. Esto pasará pronto. (*Mirando á Josefina*) Yo he visto su cara en alguna parte.
- JOSEFINA.—(*Impremeditadamente*) Cuando niña....
- MONTERO.—¿Dónde? (*Levanta el velo sin mirar á Elisa y le pone la mano izquierda en la frente, indicando á José la ventana*) Abra esa ventana para que corra el aire. (*José va á la ventana y despues de abrirla se demora un momento mirando á la calle*) Ya vuelve el calor. (*Se fija en el rostro de Elisa. Sorprendido*) ¡Elisa! (*Mira á Josefina y se dá con la derecha un ligero golpe en la frente*) Ya recuerdo; Vd. es Josefina.... ¡Y Elisa en su casa!....
- JOSEFINA.—(*Mira suplicante á Montero, indicando á José que vuelve*) Es mi hijo.
- MONTERO.—(*Significando que ha comprendido*) Lindo muchacho. (*Ap.*) ¡Qué ironías tiene el destino! (*A Josefina*) Ya vuelve en sí.
- JOSÉ.—Pobre señora, buen susto ha llevado.
- ELISA.—(*Pasándose la mano por la frente y tratando de incorporarse*) Respiro (*Mirando en derredor*) Esta casa!....
- MONTERO.—(*Conteniéndola*) Quieta, quieta hasta que esté restablecida.
- ELISA.—(*Fijándose sorprendida en Montero*) ¡Vd. aquí!
- MONTERO.—(*Ap. á Elisa, inclinándose para hablarla*) Calla si no quieres comprometerte.
- ELISA.—Es que...
- MONTERO.—(*Como si no la conociera*) No tenga cuidado, señora. Dentro de un momento estará buena y podrá volver á su casa. Yo mismo la acompañaré. Probablemente ya está allí su marido esperándola. Aquello no tuvo importancia. Llegaba casualmente á casa, y como el incidente fué tan carca examiné al anciano atropellado por su carruaje. Una ligera contusion sin importancia.
- JOSÉ. Cuánto me alegro, que no fuera grave!
- ELISA.—(*Manifestando reponerse*) Dice Vd. que ....
- MONTERO.—(*Interrumpiendo*) No pasó del susto.
- ELISA.—Lamento el daño causado involuntariamente.
- MONTERO.—Con algunas monedas que le dió su marido, el viejo quedó contentísimo y todo pasó como si tal cosa.
- ELISA.—(*Incorporándose*) Me asusté tanto que ....Vd. comprende ....para no encontrarme en el barullo, me alejé de allí

muy turbada sin saber lo que hacía.... Gracias á este jóven.... (Al volverse para mirar á José reconoce á Josefina)  
¡Josefina!!

JOSÉ.—¿Conoce Vd. á mi madre?

ELISA.—(Ap.) ¡Ah, hijo suyo!....

JOSEFINA.—(Ap. á Elisa rápidamente) Ni una palabra delante de él. Quiero que ignore.. (A José) Sí, ahora recién reconozco á esta señora. Fui su costurera cuando eras muy niño.

ELISA.—(Ap. á Josefina) ¡Cómo podré pagarte lo que haces por mí!

JOSEFINA. (Ap. á Elisa) Olvidándolo. (Hablan despacio)

MONTERO. (Mirando á las dos, ap. á José á quien lleva hasta la ventana para impedirle escuchar) ¿Con que es Vd. un proyecto de escultor?

JOSÉ.—(Ap. á Montero) Si señor, tengo verdadero amor por el arte.

MONTERO.—Animar la materia inerte es atributo del talento, (Golpéandole suavemente el hombro) y Vd. me parece que lo tiene. En esa frente resplandece la inspiracion. (Hablan despacio).

ELISA.—(Ap. á Josefina) Es preciso que aceptes una prueba de mi reconocimiento.

JOSEFINA.—(Ap. á Elisa) He cumplido con mi deber: nada me adeudas.

ELISA.—(Ap. á Josefina) Te debo, quizá, mi reputacion. Si no por tí, hazlo por tu hijo.

JOSEFINA.—(Ap. á Elisa) Te agradezco tus ofrecimientos que, debes comprender, no podemos aceptar de tí, ni de los tuyos.

ELISA.—(Ap. á Josefina) Cruelmente te vengas de lo injustos que fuimos contigo.

JOSEFINA.—(Ap. á Elisa) No me conoces, Elisa. Si quisiera vengarme habria dicho á mi hijo: esa que traes desfalleciente, es la muger del hombre que te dió el ser y que por ella renegó de tí, abandonándote con tu madre en la miseria; esa, escarneció mis dolores y me arrojó de su casa; esa tiene un amante; entrega su nombre á la difamacion para que sufra una parte de lo que nos ha hecho sufrir; (Mirando á Elisa que baja la vista) porque, no lo niegues, el hombre que iba contigo es tu amante, lo comprendí, lo has revelado sin querer.

ELISA.—(Turbada ap. á Josefina) Confieso que yo.... que los míos hemos sido muy malos para tí; pero, ya ves, estoy arrepentida y debes perdonarme.

JOSEFINA.—(Cambiano de tono ap. á Elisa) Si ya he olvidado todo. El perdon es necesario ¡Es tan bello perdonar!.... ¿No has caido tú tambien, rica, mimada, soberbia? Las intolerancias de tu religion, que te hicieron inexorable con mi falta ¿te han servido acaso para preservarte de

pecar? Ahora, pecadora como yo, aprenderás conmigo á perdonar, comprendiendo que los extremos rigores cierran las puertas de su redencion al pecador.

MONTERO.—(A Elisa) Me parece que ya está Vd. lo bastante restablecida para....ir y tranquilizar á su *esposo*, que la esperará impaciente.

ELISA.—Si, doctor, cuando Vd. guste podemos marchar ya que lleva su bondad hasta á acompañarme á casa. (*Notando la falta de la cartera*) He perdido mi cartera. (*Ap.*) Si ha quedado allá sabrán quien soy.

JOSEFINA.—(*Dándole la cartera con el abanico, que toma de sobre la mesa*) La tiene Vd. aquí con su abanico. Mi hijo la recojió....

ELISA.—Gracias. (*Ap. á Josefina*) Bendito sea tu hijo. (*En ese momento un encendedor pasa corriendo con la escalera y enciende un farol cerca de la Kermesse. Se abre el ventanillo con murmullo interior de voces femeninas. En seguida empiezan á llegar concurrentes de ambos sexos que despues de tomar el boleto. entran á la Kermesse.*)

## ESCENA VII.

*Dichos y CLAUDIA, que entra atropelladamente y habla desde la puerta*

CLAUDIA.—(*Abriendo la puerta*) Pasaremos sin comer. No me pagaron las costuras. (*Apercibiéndose.*) Perdonen Vds. (*A Josefina.*) No los había visto, señora.

JOSEFINA.—(*Ap.*) Torpe.

MONTERO.—(*Ap.*) Sin comer!....De algo les serviré. (*Se acerca á José y habla con él despacio*)

ELISA.—(*Ap. á Josefina*) Ya ves, ni con que comer tienes. Toma. (*Le alarga la cartera.*)

JOSEFINA.—(*Conteniéndola ap. á Elisa*) Ofendes á mi hijo. (*Levantando la voz.*) Deseo, señora, que se tranquilice Vd. por completo y olvide el accidente.

ELISA.—(*Significativamente*) Lo que no olvidaré será el auxilio oportuno de este jóven y las atenciones debidas á la madre.

MONTERO.—(*Dirijiéndose á Josefina*) Este jóven, ya mi amigo, irá á esperarme á casa mientras acompaño á la señora. Me interesa su talento y quiero que hablemos de....arte. Vd. consiente ¿no es verdad? Estamos á un paso y no lo tendré mucho tiempo.

JOSEFINA.—Bien; pero que no regrese muy tarde.

JOSÉ.—Volveré pronto, mamá.

MONTERO.—Vamos entonces. (*A Elisa.*) Tome mi brazo. (*A Josefina.*) Nos volveremos á ver, señora, y espero que seremos buenos amigos.

JOSEFINA.—Pienso que sí, doctor.

ELISA.—(*Apretando efusivamente la mano á Josefina*) Otra vez gracias, señora.

JOSEFINA.—Adios. (*Salen Montero, Elisa y José. Ap. á este*) Ten cuidado al volver. (*Elisa y Montero toman distinta direccion que José. Claudia y Josefina se dirijen á la lateral.*) Has estado muy imprudente.

CLAUDIA.—Venía tan sofocada que no los vi. (*Vanse.*)

### ESCENA VIII.

MARTA, señoras de la Kermesse, un lacayo y al final AGUSTIN

MARTA.—(*Desfalleciente*) No puedo más.... ¡Me siento tan débil! *Se apoya en la esquina formada por la habitacion de Josefina.*) Me arrastraré hasta allí. (*Indica á la Kermesse*).... Esas señoras serán buenas y....me darán un socorro.... Dicen que hacen la caridad y no me dejarán morir así.... en medio de la calle....Pero ¡es tan duro pedir! (*Se adelanta trabajosamente al ventanillo.*) Señoras....para una desvalida....cualquier cosa.

VOZ DE SEÑORA.—(*Desde el interior*) Aquí no repartimos limosnas; reunimos fondos para la capilla de los padres irredimibles.

MARTA.—No he comido....no tengo techo.

SEÑORA.—Vaya á un asilo. (*Se acerca un concurrente al ventanillo.*)

MARTA.—Usurparía el puesto porque puedo trabajar.

VOZ DE SEÑORA.—¿No vé que está estorbando? Retírese. (*Marta se retira y se deja caer trabajosamente en el banco mientras el concurrente compra el boleto y penetra en la Kermesse*) Ahí tampoco puede estar. ¡Bonito espectáculo para los que vienen á la fiesta! (*Marta no presta atencion*) ¿Que no oye?

OTRA VOZ DE SEÑORA. · Será preciso hacerla retirar con el portero.

MARTA.—(*Ap.*) ¡Más valiera morir!....(*Sale un lacayo correctamente vestido.*)

LACAYO.—(*Acercándose á Marta*) Levántese y marche.

MARTA.—Estoy muy cansada....no puedo tenerme en pié. (*Agustin aparece dirigiéndose á la Kermesse.*)



SEÑORA.—(Al lacayo) Sáquela pronto que viene gente.

LACAYO.—(Con imperio) Le he dicho que se vaya. (Agustín compra la entrada.)

MARTA.—(Suplicante) Déjeme Vd. descansar un momento, por compasion.

LACAYO.—Mire que si no se vá ...

MARTA.—(Trata de levantarse y se deja caer. Con voz angustiada.) ¡Si no puedo!

LACAYO.—(Con grosería) Verás como te hago poder. (La toma de un brazo, la levanta violentamente y va á empujarla cuando se interpone Agustín.)

AGUSTIN.—(Separando al lacayo con violencia) ¡Miserable!

LACAYO.—Si es una limosnera... (Vase.)

AGUSTIN.—(Sosteniendo un momento á Marta saca una moneda y se la dá.) Tome Vd. y...aquí no está bien. Conviene que se aleje para evitar cualquier violencia

MARTA.—(Mirándolo con interés) ¿Como se llama Vd.?

AGUSTIN.—Agustín.

MARTA.—No lo olvidaré. (Dá algunos pasos en direccion á la puerta de la habitacion de Josefina—que en ese momento se dirige á ella por el interior—y se vuelve á mirar á Agustín.)

AGUSTIN.—(Que tambien ha quedado mirándola) Pobre criatura y ¡tan hermosa!.. . (Vase por la puerta de la Kermesse.)

## ESCENA IX.

### JOSEFINA y MARTA

JOSEFINA.—(Atravesando la habitacion) Veré si viene José. (Abre la puerta y observa.)

MARTA.—(Acercándosele) Por caridad, señora, permítame que descansase un momento en su casa.

JOSEFINA.—(Mirándola) Entre Vd. Mi casa está abierta al necesitado. (Entran ambas y Marta se deja caer en una silla cerca de la mesa) ¡Infeliz! (La contempla con compasion.)

MARTA.—(Con voz débil) Un poco de agua, señora.

JOSEFINA.—(Con cariño, acercándosele) ¿Que tiene Vd.? ¿Está enferma?

MARTA.—La debilidad me postra.

JOSEFINA.—¡Pobre niña! Espere Vd. (Se dirige á la cómoda, saca del cajon un pan y le trae con la taxa que está encima)

Tome Vd. un poco de leche y un pedazo de pan... (*Ap.*)  
Eran para José.

MARTA.— (*Toma la taxa, bebe y come del pan*) Gracias, gracias señora. (*Vuelve á beber*) ¡Que buena es Vd.!

JOSEFINA.— (*Con cariño*) ¿Por que, hija mía? Los que sufren tienen derecho á ser compadecidos. Yo, Vd. lo vé, soy pobre y no puedo, á mi pesar, ofrecerle ahora otro alimento.

MARTA.— No necesito más; me dá Vd. demasiado... No lo olvidaré, mi corazon sabe agradecer...

JOSEFINA.— No hable Vd. de eso.

MARTA.— ¿Me permite Vd. que descanse un poco más? Estoy tan fatigada!...

JOSEFINA.— Todo el tiempo que quiera. ¿Por qué no pasa y se recuesta? Así descansaría mejor.

MARTA.— No, no señora, aquí estoy bien ... Quizá no podría dormir y... temo estar sola con mis pensamientos; los tendria muy tristes.

JOSEFINA.— ¿Por qué?

MARTA.— ¡Sufro tanto!... Las últimas horas han sido para mí una prueba terrible...

JOSEFINA.— ¿Qué le ha pasado?

MARTA.— Todos, todos, como los otros, me han ultrajado, pidiendo á mi cuerpo estenuado por la miseria, la satisfaccion de brutales deseos... Y esto, señora, porque les pedía trabajo para ganarme el pan... ¡Oh! que horrible, que horrible! (*Llora silenciosamente*).

JOSEFINA.— (*Con ternura*) Cállese Vd. y... si cree que puedo ser digna de su confianza, refiérame sus pesares. He sufrido mucho, conozco tambien la miseria y si no está en mi mano remediar la suya, haré cuanto pueda por consolarla.

MARTA.— ¡Soy tan desgraciada!... ¿A qué voy á reavivar sus dolores con la narracion de los míos? Fuera una ingratitud de mi parte... (*Cambiando de tono.*) Sí, tiene Vd. razon, debo decirle quien soy, confiarle mis penas, mi vida entera para que vea que merezco su compasion.

JOSEFINA.— No lo dudo, y si es por eso, no me diga una palabra.

MARTA.— Hay tanta hiel, señora, tan profunda desesperacion en mi alma, que si no me desahogo me mataría, sí, me mataría. (*Llora silenciosamente*)... Necesito, Vd. lo ha dicho, ser consolada para seguir viviendo.

JOSEFINA.— Tan jóven... porque es Vd. casi una niña (*Mirándola*), y muy hermosa ¡y ya llevada por el dolor á esos estrechos!... ¿Tiene Vd. padres?

MARTA.— (*Con profunda tristeza*) Si los tuviera me consideraría dichosa en la miseria... ¡Los quería tanto!... Pero ¡soy huérfana! Desde que ellos murieron... ¡Ah! señora, jamás

en mi inocencia de niña, llegué á sospechar que la maldad me reservara desengaños tan crueles.

JOSEFINA.—No todos son malos, hija mia; hay tambien corazones generosos.

MARTA.—Será entonces mi suerte adversa.... aunque no debiera quejarme desde que la encuentro á Vd. que se compadece de mí.

JOSEFINA.—Con toda el alma.

MARTA.—He nacido aquí. Mis padres me decían que siendo muy niña me llevaron al Brasil. Allí vivíamos tranquilos y felices, porque, sin ser ricos, teníamos una posicion desahogada. Mi educacion era su afan y á ella consagraban su ternura. No sé como fué, pero mi padre perdió cuanto tenía explotado por un socio. Dos cosas sobrevivieron en él á la ruina: el amor á los suyos y su consagracion al trabajo. Volvió á tomar sus pinceles, porque era pintor, y hacía retratos muy hermosos. .. Empezaba á adquirir fama, cuando sin saber la causa, un diario que tenía influencia en la opinion, le negó cruelmente su talento de artista. Mi padre se impresionó mucho. Averiguó y supo que el crítico no entendía absolutamente de arte. Otro y otros artículos aparecieron. Mi padre se desesperaba, porque la importancia del diario daba autoridad á lo que, con tanta injusticia, se decía contra él y esto significaba la falta de trabajo, que era nuestro único medio de subsistencia. Sin recursos ¿qué podía hacer para cambiar la opinion estraviada por enemigo tan poderoso?.... Apesar de su talento, ya nadie se hacía retratar por él. Faltó por completo el trabajo y con el trabajo el pan.... Llegó un dia en que fué necesario sucumbir.... (*Llanto reprimido.*) ¡Mi padre sucumbió de pena!.... (*Llora.*)

JOSEFINA.—(*Conmovida*) Desgraciada!.... ¡Qué injusta es la sociedad!

MARTA.—Despues.... mi madre, mi santa madre... (*Sollozante*) fué á reunirse con mi padre en otro.... (*Cambiando de tono al interrumpirse.*) No sé, señora, si hay otro mundo mejor, pero este es tan injusto, se ensaña tan encarnizadamente contra el desvalido, que hace dudar de la bondad infinita.

ESCENA X.

*Dichos y JOSÉ que entra repentinamente con un paquete en la mano sin apercibirse de MARTA.*

JOSÉ.—(*Al entrar*) Si vieras, mamá, que bueno es el doctor. (*Repara en Marta.*) Ah! perdone Vd.

JOSEFINA.—(*Con cariño*) Aturdido! (*Viendo que José interroga con la mirada.*) Es una desgraciada. (*A Marta*) Mi hijo.

MARTA.—Feliz él, que tiene tan buena madre.

JOSÉ.—Oh! sí, muy buena.

MARTA.—(*Levantándose*) Debo retirarme. Su hijo quiere decirle algo y....delante de una estraña....

JOSEFINA.—(*Interrumpiendo y haciéndola sentar*) Siéntese Vd. Mi hijo nada puede decirme que merezca reserva. (*A José*) Si vieras que desgraciada es esta pobre niña.

JOSÉ.—Por lo cual tiene ya toda mi simpatía.

MARTA.—Tan bueno como la madre.

JOSEFINA.—(*A José*) Decías que el doctor....Pero has tardado.

JOSÉ.—Necesariamente. No ha querido dejarme salir sin que lo acompañara á la mesa. Comiendo hemos hablado de arte. ¡Qué entendido es y que buenos consejos me ha dado!....Simpatiza mucho contigo, y por eso lo quiero más. (*Marta mira á José con cariño*) Ha prometido ayudarme. Yo me acordaba de tí y de Claudia, que no habían comido. Por eso, lo primero que lize con el dinero que me dió, fué comprar....

JOSEFINA.—(*Interrumpiendo alarmada*) ¿Y le has recibido dinero?

JOSÉ.—No hubo medio de escusarme. Me obligó á tomarlo, so pena de....de....¿cómo fué que dijo?...de mostrarme ingrato con él....Porque has de saberlo....quiere mandarme, nada menos que á Roma á completar mi educacion artistica al lado de los grandes maestros. Y yo....demasiado lo sabes....ese es mi sueño dorado....

JOSEFINA.—(*Besando á José*) ¡Qué corazon tan generoso tiene el doctor! (*A Marta*) Ya lo vé Vd.: todavía los hay sobre la tierra.

JOSÉ.—(*Acercándose á la mesa y desenvolviendo el paquete*) Como te decía, lo primero que hice apenas salí de su casa, fué comprar estas provisiones para que comas tú y Claudia (*Mirando á Marta*), y esta señorita.

MARTA.—Me basta con lo que su mamá me ha dado.

JOSEFINA.—Era tan poco. Coma, sírvase Vd.

JOSÉ.— (*Con ingenuidad*) Sí, señorita, coma Vd.; hay para todos.

MARTA.—Lo veo, pero no podría.

JOSÉ.—¿Y tú, mamá?

JOSEFINA.—Despues. (*Dirigiéndose á Marta*) Me ha interesado tanto la historia de sus desventuras que....si no estuviera fatigada....

MARTA.—(*Interrumpiendo*) Poco tengo ya que agregar....Mi madre antes de morir me recomendó que volviera á mi pais....

JOSEFINA.—(*Interrumpiendo*) ¿Tiene aquí parientes?

MARTA.—Sí, señora, pero mi madre me decía que no debía contar con ellos. Solo para uno, en quien confiaba, me dió una carta y, vea Vd. cuanta es mi desgracia, la perdí al llegar hacen tres meses.

JOSÉ. ¿Cómo?

MARTA.—La traía, para mayor seguridad, guardada en el pequeño baul que constituía todo mi equipaje, y este, en el trastorno del desembarque de los pasajeros de tercera clase, entre los cuales venía, se me perdió ó me fué robado.

JOSEFINA.—Pero recordaría el nombre y direccion.

MARTA.—Casi moribunda la escribió mi madre, y en esos momentos, Vd. comprende, no estaba para fijarme en ella, ni lo necesitaba entonces desde que la tenía y la guardaba.

JOSEFINA.—Fué una fatalidad perderla.

MARTA.—Sin mas recursos que unas cuantas monedas y dos ó tres alhajas de escaso valor, me instalé en un pequeño cuarto de una casa amueblada. Me ofrecí inmediatamente como institutriz, ama de llaves, ó cualquier trabajo compatible con mi educacion.

JOSÉ.—¿Y no lo encontró?

MARTA.—Para instruir durante el dia unos niños, me coloqué en una casa pudiente. La señora, de cierta edad, y terriblemente gruesa, pasaba la vida dándose masajes y me dejaba en completa libertad; pero el marido me asediaba á todas horas, empeñado en rendir mi resistencia con sus bigotes teñidos, dispensándome el *honor* de hacerme su querida. Salí de allí, y de tres casas despues, con el rostro enrojecido por el ultraje de proposiciones vergonzosas hechas por un hijo ó por un marido.

JOSEFINA.—Pobre niña!

MARTA.—Pobre, si señora, porque no encuentro trabajo sino á cambio de mi honra.

JOSEFINA.—Tiene Vd. razon. Se exige virtud y no se dá pan, sin comprender que cuando se vive privado de todo, cuando se desfallece de hambre, se pierde la conciencia del deber. (*Cambiando de tono*) ¿Y despues, hija mia?

MARTA.—Hacen tres días que vago por las calles buscando ocupacion y.... ¡siempre, siempre lo mismo! Solo uno (*Indicando la calle*), ahí, frente á la puerta de esta casa, me dió esta moneda (*La enseña*) sin exijirme oprobio.... Vea Vd. mi traje; no tengo otro. Solo por esta noche me permite la dueña de casa que vaya á dormir. Le debo y no tengo con que pagarle el alojamiento.

JOSÉ.—¿Y sus alhajas?

MARTA.—Se consumieron en la casa de empeño.

JOSÉ.—(*Esponáneamente, ofreciéndole el dinero dado por Montero*) Tome Vd. señorita, creo que habrá para....

JOSEFINA.—(*Abrazando á José*) Bien, hijo mio (*A Marta*) Acepte, debe hacerlo.

MARTA.—No, señora, son Vds. tan pobres como yo, y sería un crimen privarles de lo que tienen, sin provecho para mi.

JOSEFINA.—Entonces en esta casa tiene su hogar.

MARTA.—Tampoco eso.... Mañana, pasado tal vez, encontraré trabajo y hasta entonces (*Mirando la moneda*) podré vivir con esta moneda....no, con esta moneda nó....Es la primera que recibo y, será preocupacion pueril, pero me parece que conserva la virtud del sentimiento espontáneo con que se me dió. Creería profanarla desprendiéndome de ella. Quiero guardarla como un talisman.

JOSÉ.—Sí, guárdela Vd. (*Alargándole el dinero*) Tiene aquí lo necesario para lo más premioso.

MARTA.—Acepto, pero solo lo suficiente para mantenerme dos días. (*Toma dinero*)

JOSÉ.—Tome Vd. más.

MARTA.—Me basta con esto.... Despues.... (*Suena música en la Kermesse*) Oigan Vds. el ruido de la fiesta.... ¡Que impresion me hace! Algo que no habia sentido hasta ahora, que no me creía capaz de sentir, algo así como nausea de rencor, convulsiona mi ser en presencia de la dicha de los demás. No es que sea mala, nunca lo fuí, señora, pero experimento la sensacion de la protesta de mi alma acusándolos de su desolacion inmensa.

JOSEFINA.—El sentimiento y la conciencia, tienen estrañas rebeldías contra las injusticias del destino.

MARTA.—Vea Vd. (*Indicando la direccion de la Kermesse*), allí la vida, riqueza, alegría, placer; aquí, para los buenos, hambre y desesperacion.

JOSEFINA.—Que quiere Vd., así está constituida la sociedad: los beneficios para ellos, las cargas, los dolores para nosotros los pobres. Unos *viven*, los otros agonizan. (*Viendo que Marta abre la puerta preparándose á salir.*) ¿Nos deja Vd.?

MARTA.—Sí, si señora; quiero, debo marcharme.

JOSEFINA.—No olvide que esta casa, hija mia ...

MARTA.—(Interrumpiendo) ¡Olvidarme de Vds!....(Atrayendo á Josefina) ¿Me permite que la bese? (La besa en la frente y Josefina la abraza tiernamente. Estrechando la mano á José) Quiérala mucho. (Aumenta el ruido de la fiesta) Ah! no es posible ser honrada para vivir....

JOSEFINA.—¿Qué dice Vd.?

MARTA.—Que necesito encontrar trabajo....(Dirijiendo la mirada á la Kermesse. Ap.) Estoy resuelta. A lo menos no me humillarán más. (A Josefina) Adios.

JOSEFINA.—¿Volverá á vernos?

MARTA.—Me alienta esa esperanza. (En actitud de irse.)

JOSEFINA.—¿Y dónde va?

MARTA.—(Volviendo la cara) ¿Lo sé yo acaso?....

(En este momento vienen en direccion á la Kermesse, riendo alto, Rodolfo, y Elisa con distinto traje.)

Telón rápido.

---

## ACTO III.

*Sala lujosamente decorada. Adornos, bronces, espejos. Sobre una columna un busto de mujer. El foro con rompimientos, representando una galería con plantas, al fondo vidrieras ó ventanas que permitan ver en último término parte de un salon de baile. Puertas laterales del lado izquierdo, que estén entre sí, á mayor distancia que la ordinaria. Una sola puerta á la derecha, y el espacio de ambos lados con espejos ó cuadros.*

### ESCENA I.

LORENZO sentado á la izquierda y rodeado de tres concurrentes jóvenes, que deben, en lo posible, caracterizar tipos distintos. A la derecha MARIA, y cerca de ella JUANA y otro concurrente con quienes conversa. Ultimos compases de una pieza de baile, viéndose en el fondo parejas que lo hacen.

CONCURRENTE 2º.—(Con ironía dirigiéndose á los otros) Ya lo ven: solo en tiempos de Don Lorenzo, el patriotismo tenía esfuerzos abnegados, resplandores la inteligencia, altiveces el caracter y palpitaciones el corazon.

LORENZO.—Sí, en mi tiempo, porque el positivismo de ahora no encuentra *utilidad* en esas cosas: lo aplana todo para mantener la armonía del bajo nivel.

CONCURRENTE 1º.—Por dejarla muy atrás, Don Lorenzo se olvida de los entusiasmos de la juventud.

LORENZO.—¡Juventud!... Acaso ahora hay juventud? La envoltura material puede tener pocos años de uso, pero el alma... es el alma de la época, está vieja (*Risita*), está más vieja que yo. La ropa nueva no disminuye la edad del que la lleva.



CONCURRENTE 1º.—Entonces nacemos ya viejos?

LORENZO.—Puede, puede que sí.

CONCURRENTE 2º.—(*Sonriendo*) Si no hay juventud ¿que somos nosotros?

LORENZO.—Vds., Vds. son decrepitudes en traje de infancia. (*Los concurrentes ríen*) ¿Se ríen?... Bien. (*Risita*) Son jóvenes, eh? y, ya lo ven, obsérvense aquí mismo los unos á los otros. Vienen al placer de una fiesta como si cumplieran un deber penoso: arrastrando los fastidios del descreimiento.

CONCURRENTE 1º.—Cansancios naturales de una vida llena de exigencias.

LORENZO.—Justamente, el medio no es propicio para germinar, ni desarrollar juventud. El mercantilismo al desterrar de la vida la poesía, le quitó todos sus encantos. ¿Que le ha dejado en cambio? Raciocinios de cálculo, indolencias de hastio, avidedeces de carne, enfriamientos de egoísmo. (*Moviendo los dedos de la mano derecha*) Juventud que no tiene espontaneidad ni en la alegría, es día sin alba....completa, completa decadencia, amiguitos míos.

CONCURRENTE 3º.—Si lo que se le ocurre á Don Lorenzo, no se le ocurre á nadie.

LORENZO.—Todos lo piensan; pero las conveniencias les impide decir la verdad. Sin nobles ideales no hay vigor moral. (*Los concurrentes ríen y simulan seguir hablando.*)

MARIA.—(*Al concurrente 4º*) Si, efectivamente, dicen eso y algo más: que su fortuna proviene de....lo diré en confianza, si no han de repetirlo....proviene de un viejo que fué....pues, que compró sus favores. Pero yo no lo creo....La gente es tan habladora!

CONCURRENTE 4º.—¿Y quién era ese Creso que los pagó tan caro? porque, eso está á la vista, la dueña de esta casa debe ser muy rica cuando gasta tanto lujo, sostiene á tanto pobre y dá fiestas tan espléndidas!

MARIA.—En eso precisamente está el misterio, pues nadie sabe á punto fijo quien es él.

JUANA.—Muchos aseguran que su fortuna reconoce otro origen peor todavía.

MARIA.—(*Con hipocrecía, mostrando admiración*) ¡Qué dice Vd.! No es posible!... Está visto que cuando se quiere dañar á una persona, se inventan cosas que....Dios me libre de creer en ellas!...Pero....cuente Vd., porque al fin y al cabo siempre es bueno saber lo que *se dice* de las personas á cuya casa se viene.

JUANA.—Sin negar lo del señor Crespo, á quien se refería este caballero....

CONCURRENTE 4º.—(*Interrumpiendo*) Creso, señora.

JUANA.—Bueno, es lo mismo, ese será otro....Sin negar eso, decía, y teniendo por base el dinero que ...ella se hizo regalar, juega en la bolsa sobre seguro, á cartas vistas (lo sé por mi marido), valiéndose de los secretos del gobierno, que conoce gracias á las *confidencias*, demasiado *íntimas*, de cierto ministro. Ya ven Vds., esto es robar á sabiendas

CONCURRENTE 4º.—Pura invencion, señora. Ella será lo que Vd. quiera; pero no es mujer de negocios, ni los entiende, ni tiene necesidad de hacerlos.

JUANA.—Vd. tambien ha de estar enamorado de ella cuando tanto la defiende. Pero no me negará que el ministro ha sustituido al otro. Todos lo *dicen*.

MARIA.—(A Juana) ¿Se refiere Vd. al doctor Aldama?

JUANA.—Está claro ¿quien otro ha de ser?

MARIA.—Mire Vd. Es cierto que Aldama visita esta casa y que he oido tambien lo que refiere. Yo no lo creo, por supuesto; pero de eso á confiarle los secretos de gobierno, hay mucha diferencia. Jamás haría semejante cosa un hombre tan *sensato* y tan religioso como él.

CONCURRENTE 4º.—Pues yo hasta dudo que el señor ministro pase de ser....un adorador platónico de la señorita Marta, por más que él y muchos, entre los cuales me cuento, lo confieso sin rubor, se darían con una piedra en los dientes por servirla de rodillas.

MARIA.—¡Jesus!

JUANA.—Lo que son los hombres! Basta que una muger tenga fama de....ya se sabe, para que se vuelvan locos por ella. Si no fuera cierto lo que aseguran ¿por qué el ministro no lo desmiente? El que calla otorga.

CONCURRENTE 4º.—(Con ironía) Por la razon que ha dado la señora; (Indicando á Maria) porque es muy *religioso* y muy *sensato*. (Hablan despacio).

CONCURRENTE 1º.—(A Lorenzo) Se adaptan á todas las situaciones, porque son hombres prácticos.

LORENZO.—Lo que digo: practican el comercio.

CONCURRENTE 1º.—El hecho es que siempre están arriba.

LORENZO.—Porque los demás están muy abajo.

CONCURRENTE 2º.—Porque valen, don Lorenzo, es que suben.

LORENZO.—Es sabido que tambien los reptiles, que no tienen alas, trepan á las cumbres.

CONCURRENTE 1º.—Convenga entonces que los reptiles tienen mucho talento.

LORENZO.—O que saben arrastrarse

## ESCENA II.

*Dichos y MARTA del brazo de AGUSTIN*

CONCURRENTE 2º.—(*Saludando y sonriendo á Marta*) ¿Qué opina Vd., señorita, de lo que dice Don Lorenzo?

MARTA.—(*Sonriente*) Opino que deben Vds. ir á bailar. (*Saluda con la cabeza á las personas del otro grupo y sigue hablando con las del primero.*)

CONCURRENTE 4º.—Digan lo que quieran, es muy hermosa.

JUANA.—Muy coqueta.

MARIA.—Y nada simpática, la pobrecita.

CONCURRENTE 4º.—(*A María*) No lo cree así su hijo, por lo que se vé.

MARIA.—(*Ap.*) Si no fuera por no desagradar al ministro, no hubiera puesto aquí los piés.

JUANA.—(*A concurrente 4º*) Gracias á la fortuna que tiene, la sociedad asiste á su baile.

LORENZO.—(*A Marta*) ¿Tambien yo debo ir á bailar? (*Risita*)

MARTA.—(*Sonriente*) Tambien Vd. (*Dirijiéndose á los concurrentes*) Acompañen Vds. á las señoras. (*Estos obedecen y dando el brazo á María y Juana, vanse unos por el foro, y otros por la 2ª lateral izquierda*)

CONCURRENTE 4º.—(*Ap. al irse solo*) Cuanto darían ellas por estar en su lugar.

## ESCENA III.

*MARTA y AGUSTIN*

MARTA.—(*Sentándose en un sofá*) Descansemos un rato y hablemos (*Con fina coqueteria*), ya que Vd. se empeña en que hemos de hablar. . . .*seriamente.*

AGUSTIN.—(*Sentándose á su lado*) Si, Marta, es preciso. Estoy sufriendo un tormento, que Vd., no sé porqué, y quiero saberlo, se empeña en aumentar.

MARTA.—¡Yol! ¿De donde saca semejante cosa? . . . Pero no ponga esa cara tan solemne, amigo mio. (*Sonriendo*) Crea que no le sienta bien.

AGUSTIN.—(*Con seriedad*) Se lo suplico, Marta; deje ese tono de burla que, para mí es en esta ocasion una verdadera crueldad.

MARTA.—¡Burlarme yo de Vd.! nunca.

AGUSTIN.—Entonces....

MARTA.—(*Interrumpiendo*) Es mejor no tomar en serio sus aprehensiones, sus... injustas sospechas... *No quiero que Vd. me ofenda; porque...* (*Con coquetería cambiando de tono*) nos pelearíamos, Agustín.

AGUSTIN.—¡Siempre lo mismo! dudas é incertidumbres.

MARTA.—¿Y porqué duda?

AGUSTIN.—Y me lo pregunta!... Porque la amo y quiero conocer el misterio que envuelve su vida, ser dueño de sus más recónditos pensamientos, de las íntimas palpitaciones de su corazón, para dejar de sufrir, ó que despedace al mío la desesperacion de los celos.

MARTA.—(*Con gravedad*) Pero ¿no sabe Vd. que yo tambien... (*Conteniéndose*); que me hace sufrir horriblemente? (*Ap. mostrando contener el llanto*) Me va á hacer llorar! (*Cambiando de tono*) Dice Vd. que me ama, y ¡duda de mí! (*Riendo con coquetería*) No vaya Vd. en un arranque de celosa rabia á convertirme en otra Desdémona... Sería un lujo de pasion que no perdonaría á su fantasia.

AGUSTIN.—(*Con vehemencia*) Mire Vd., Marta: desde que la conocí ahora dos años....

MARTA. (*Interrumpiendo. Con intencion*) ¿Le parece á Vd. que solo hacen dos años?

AGUSTIN.—Creo que esa es la fecha en que la ví por vez primera.

MARTA.—(*Con fina coquetería*) Lo decia, porque cuando verdaderamente se ama, se cree haber conocido siempre al ser amado.

AGUSTIN.—(*Con afan*) ¿Le pasa á Vd. eso?

MARTA.—(*Mirándolo*) ¿No lo sabe Vd.?

AGUSTIN.—(*Con vehemencia tomándole la mano*) Entonces huyamos lejos, muy lejos de aquí, fuera de este ambiente que me sofoca, que la ahoga á Vd. tambien, donde sin trabas, sin secretos, sin misterios, podamos libremente vivir de amor, de luz, de eternidad.

MARTA.—(*Aparentando reir*) ¡Huir! ¿y para qué?

AGUSTIN.—Para que sea Vd. mía, solo mía, completamente mía. ¿No comprende que viendo lo que veo, oyendo lo que oigo, sin que Vd. quiera dejarme conocer el secreto de su estraña conducta, concluiré por volverme loco?

MARTA.—(*Con sonrisa forzada*) ¡Qué niño es Vd.! (*Con coquetería*) Volverse loco cuando sabe que lo amo.

AGUSTIN.—¿Quiere Vd. desesperarme? Sí, sé que Vd. dice que me ama, pero....

MARTA.—(*Interrumpiendo. Con gravedad*) Pero oye Vd. en torno mío, así, como ruido de reptiles que se arrastran para morder mi reputacion y vé que yo permanezco impassible ¿no es eso?

AGUSTIN.—Y no me dá Vd. el derecho de aplastarlos, de defenderla.

MARTA.—(*Con dignidad*) Porque en vez de salvar mi nombre, su defensa ahora lo comprometería más. (*Viendo que Agustín vá á hablar*) Déjeme Vd. concluir. Vé Vd. que el doctor Aldama me hace la corte, y la murmuracion agrega que es mi amante, porque la posicion que ocupa halaga mi *vanidad*. Pues bien, Agustín, ese hombre no es, ni será, ni puede ser mi amante. Deje, deje Vd. que finja creerlo esa sociedad que atrae á mi casa el brillo de la riqueza para escupirme su ponzoña entre palabras de miel; pero Vd. no lo crea, no lo piense siquiera; porque suponerlo solamente, sería un agravio.... una injusticia de que se arrepentiría demasiado tarde.

AGUSTIN.—Espíquese.

MARTA.—Porque.... porque la dignidad de mi amor no se la perdonaría.

AGUSTIN.—Lo que quiero es tener la evidencia de ese amor.

MARTA.—No esperará mucho tiempo. (*Levantándose y cambiando de tono al ver venir á Rodolfo y Antonio*) Su cuñado y su padre. (*Tomándolo del brazo*) A bailar, amigo mío. (*Vanse saludando Marta con la cabeza al pasar*)

#### ESCENA IV.

ANTONIO y RODOLFO

ANTONIO.—(*Mirándolos alejarse*) Noto á Agustín muy rendido con esta.... aventurera, porque no debe ser otra cosa á pesar de la insolente fortuna que posee, y, como él es dado al sentimentalismo, casi tonto, temo, francamente, que pueda llegar á enamorarse de veras.

RODOLFO.—Nunca al extremo de olvidarse de la familia á que pertenece, aunque, bien miradas las cosas, quizá ella no es lo que dicen. De todos modos ¡tiene tanto dinero!

ANTONIO.—Sin embargo, yerno mío, no me gustaría que mi hijo.... Yo mismo si no temiera disgustar al ministro, que nos convidó expresamente, no hubiera venido, ni consentido en traer á la familia.

RODOLFO.—Incomprensibles escrúpulos en un hombre tan práctico en negocios como Vd., querido suegro.

ANTONIO.—Eso no impide salvar las apariencias.

RODOLFO.—Poco me importa á mi del que dirán, cuando encuentre conveniencia en hacer una cosa.

ANTONIO.—Serás más fuerte que yo.

RODOLFO.—Es necesario serlo, sobre todo ahora que nuestra situación se agrava, pues aunque hemos hecho frente á todos nuestros compromisos, ya en la bolsa se murmura que perdemos sumas enormes en diferencias de juego.

ANTONIO.—Lo que desgraciadamente es cierto....Pero vamos al objeto que me indujo á sacarte del bullicio del baile y que viene muy apropósito. ¿No integrará el ministro la parte que le corresponde en las pérdidas? Al fin él se ha embolsado hasta ahora grandes cantidades sin exponer un solo peso, y es muy justo que comparta también nuestros perjuicios, con tanta más razón cuando el desastre tiene por causa haber seguido sus indicaciones.

RODOLFO.—No contó con que fracasarían los planes del gobierno. Lo conozco. No sacaremos nada, y hablarle de esto, nos perjudicaría en su ánimo.

ANTONIO.—Nuestra situación es bien difícil y no podremos sostenerla mucho tiempo. No sé como vamos á salir del paso y esto me tiene muy preocupado.

RODOLFO.—(Ap.) Y á mi más. (A Antonio) Felizmente la providencia parece venir en nuestra ayuda, enviando una herencia inesperada.

ANTONIO.—Para tu hijo. Por supuesto que el ministro nada sabe.

RODOLFO.—Me guardaría bien de decirle una palabra. Querría de cualquier modo tener intervencion en el asunto y, es sabido, una parte quedaría entre sus manos.

ANTONIO.—¿Has averiguado ya donde vive Josefina?

RODOLFO.—Si, esta misma tarde. Solo espero la legalización del testamento de mi tío para ponerme en campaña.

ANTONIO.—Como buen inglés hasta en eso ha sido excéntrico. ¿Porque no te dejó á tí directamente su fortuna, siendo su heredero?

RODOLFO.—A causa de algunas locuras de la juventud, estaba disgustado conmigo cuando se fué. Pero viene á ser lo mismo porque al muchacho le faltan dos años para ser mayor de edad y hasta entonces soy el administrador legal de sus bienes. En ese tiempo, querido suegro, tenemos de sobra para ponernos á flote.

ANTONIO.—Es lástima que no hayas tenido de tu matrimonio un hijo varon en vez de tres mujeres.

RODOLFO.—El caso ya no tiene remedio. (*Riendo*) Pero no podrá decir Vd. que no fuí previsor. Como si adivinara lo que iba á suceder, me anticipé á llenar....extrajudicialmente la omision.

ANTONIO.—Gracias á eso la fortuna de mister Punker, no pasa....

RODOLFO.—(*Interrumpiendo*) A servir de capital para un banco destinado al socorro de los niños desvalidos, de las mujeres sin trabajo y los ancianos invalidados en él. Es la expresa voluntad de mi tio en caso de que faltara el heredero varon que llevara su apellido.

ANTONIO.—Lo malo está en que como no te has ocupado jamás de la suerte de ese hijo....

RODOLFO.—(*Interrumpiendo*) Pero voy á ocuparme ahora.

ANTONIO.—Porque te conviene, y Josefina, que no es tonta....

RODOLFO.—(*Interrumpiendo*) Antes de reconocerlo, me guardaré bien de decirle la razon. (*Riendo*) ¿Acaso soy incapaz de sentir una explosion de ternura paternal?

ANTONIO.—Algo tardia....¿Y si ella resentida, como debe estarlo, se niega á que su hijo lleve tu apellido?

RODOLFO.—¡Como! rehusar mi proteccion para su hijo....!

ANTONIO.—(*Dirijiéndose ambos al foro*) Quien sabe, es altiva y orgullosa como la madre.

RODOLFO.—(*Deteniéndolo. Con conviccion*) Pierda Vd. cuidado. La convenceré. (*Vanse*)

## ESCENA V.

ELISA y RICARDO por la lateral izquierda

ELISA.—Hay que confesar que el baile está espléndido. Lo mejor de la sociedad se encuentra aquí. (*Se sienta*) Descansemos un momento.

RICARDO.—(*Sentándose cerca de ella*) ¡Y con que exquisita galantería hace los honores de la casa su propietaria. Parece que no ha hecho otra cosa en su vida.

ELISA.—Y eso que dicen ser una mendiga trasportada de la calle á los salones.

RICARDO.—Quién lo sabe! Se dicen tantas cosas de Marta ...en voz baja naturalmente, porque nadie quiere indisponerse con una mujer tan rica y que dá fiestas tan brillantes. Aquí puedes comprobar como se acentúa esa tendencia al servilismo de que hemos hablado. Observa que los mas encar-

nizados contra su reputacion, son los primeros en venir á marearla con el incienso de sus lisonjas.

ELISA.—El ministro no la pierde de vista un momento. ¿Estará celoso?

RICARDO.—Por más que lo aparente y *deje decir*... lo que de ambos dicen, tengo la persuacion de que ella no le ha dado derecho para estarlo. Aldama, como otros que ves figurar, es una de esas mentiras convencionales que mantiene en la superficie el interés de ocultar lo que hay en el fondo; es una de las ganzúas con que se abren las puertas de las altas posiciones. Sé lo que vale. No pasa de un vividor hipócrita y ambicioso.

ELISA.—Será con el tiempo muy rico, como heredero de don Lorenzo.

RICARDO.—No vé la hora en que se muera el pobre viejo, pero éste á pesar de sus años y de *sus bronquios*, se empeña en vivir por mucho tiempo todavía.

ELISA.—Me estraña verlo aquí.

RICARDO.—¿Y dónde no se encuentra? Su levita prehistórica, está, como Dios, en todas partes.

ELISA.—Recuerdo que el dia aquel, al principio de nuestros amores,—ahora cinco años,—cuando el carruaje atropelló al anciano, fué de los primeros que acudió. Apesar del susto le conocí bien. Felizmente él no me vió.

RICARDO.—O lo aparentaría.

ELISA.—No he dejado de sospecharlo, por el modo con que me mira cuando habla conmigo. Lo cierto es que no me encuentro bien en su presencia.

RICARDO.—Si conoce nuestro secreto, su conducta es noble, pues sabe guardarlo. A propósito. ¿No volviste á ver á tu prima? Fué muy generosa contigo.

ELISA.—En vano he intentado obligarla á aceptar una prueba de mi reconocimiento. Con mucha delicadeza me ha manifestado que mantiene su resolucion. Tanto á ella como á mi tío que, sin hacer la menor alusion al incidente, me acompañó hasta cerca de mi casa, tenemos mucho que agradecerles, Ricardo. (*Dándole un golpecito con el abanico en la cara*) No mereces, ingrato, los compromisos en que me pones y los sustos que me haces pasar.

RICARDO.—¿No te amo acaso?

ELISA.—Como aman Vds. á la mujer ajena: sin desearla propia.

RICARDO.—Mira, Elisa, somos viejos... *amigos*, nos amamos lo bastante para hablar con entera franqueza, sin ocultarnos nada....

ELISA.—Por mi parte sí, te amo, estoy segura de amarte. ¿Sabes porque? Porque este amor interrumpe la monotonía de una



vida siempre igual, fastidiosamente tranquila, á que está condenada la mujer que se casa, ahora lo comprendo, sin sentir una pasión verdadera. No sé si por que supe apenas casado, que lo habia hecho por mi dinero, ó porque Rodolfo sin más preocupaciones que los grandes negocios, me aburre con sus cálculos y combinaciones, jamás he podido amarlo.

RICARDO.—Era natural que entonces me amaras.

ELISA.—Pero tú que tienes mil motivos de distraccion, que te absorven otros sentimientos, otras ambiciones, y te acarian otras esperanzas; que tienes otros estímulos para la vida ¿puedes sentir un amor tan exclusivo que, como el mio, constituya tu única felicidad?

RICARDO.—Iba á decirte cuando me interrumpistes, que la vida es preciso tomarla tal cual es, y sacarle en goces y satisfacciones todo el provecho que es susceptible de dar, sin preocuparnos de si usurpamos ó nó la parte á que otros pudieran tener derecho. Empeñarse en reformarla, llevados de un sentimentalismo que no tiene razon de ser en esta época, ni en ninguna otra, no es *vivir*: es condenarse voluntariamente á sufrimiento perpetuo, sin que se lo agradezcan siquiera a los mismos á quienes se trata de favorecer. Y... ¿es tan corta la vida!

ELISA.—Pero hay deberes....

RICARDO.—(Interrumpiendo) ¿Que nos obligan á practicar el bien? Perfectamente. Es segun se entienda el bien. Nada es bueno ni malo en absoluto. Cuestion de conveniencia. ¿Nos perjudica ó contraría lo bueno? Pues se opta por lo malo que nos favorece como bueno, aun que no deje de ser lo primero para los demás. Todo se puede hacer en la vida. Consiste solo en el modo de hacerlo. Ya ves, nosotros cubriendo las apariencias, hemos alejado la sospecha. ¿Quien puede supouer la relacion que nos une?

ELISA.—Si, pero....

RICARDO.—(Interrumpiendo) Sé lo que vas á decirme: que eso es egoismo, puro egoismo. No lo niego. Vivimos en una sociedad materializada. ¿No son egoistas los demás? Y mira: más perjudiciales que yo, hacen de la hipocrecía el medio seguro de mantener su preponderancia.

ELISA.—Creo que esos egoismos que hacen preponderar la conveniencia sobre todo lo que hay de digno y noble en la vida, son una falsificacion del sentimiento de la masa social en provecho de unos pocos.

RICARDO.—No se traduce en hechos tal aspiracion, pues, es lo cierto que todos nos empeñamos en mantener y ocultar la falsificacion para no someter nuestra mercancía á pagar impues-

tos á la conciencia. Practicamos sencillamente el proteccionismo económico.

ELISA.—Desconsuela lo que dices.

RICARDO.—¿Que quieres? El egoismo gobierna el mundo moderno y, convéncete querida, el más egoísta es el más fuerte.

## ESCENA VI.

*Dichos y MARTA del brazo de ALDAMA por la lateral izquierda.*

MARTA.—(*Que al salir ha oído las últimas palabras de Ricardo*) No siempre, Ricardo, no siempre. (*Se levantan Elisa y Ricardo*) Lamento que piense así cuando precisamente lo busco para pedirle un favor.

RICARDO.—(*Saludando*) Señor ministro. (*A Marta*) Mi teoría no pasa de teoría para Vd.

MARTA.—(*Sonriendo con coquetería*) Me aprovecharé entonces de su momentánea apostasía en mi obsequio.

RICARDO.—(*Con galantería*) Que menos puedo hacer.... ¿De qué se trata?

ALDAMA.—(*A Marta*) Veamos el busto.

MARTA.—(*Encaminándose seguida de los otros donde está el busto*) De ver un busto primero y de pedirle despues una palabra de estímulo para el autor. (*Indica el busto que los otros examinan.*)

RICARDO.—(*Con sorpresa*) Pero es Vd.!

ELISA.—¡Que parecida!

RICARDO.—No me perdono que me haya escapado á la mirada reproduccion tan fiel de su hermosura.

MARTA.—(*Sonriendo*) Cuidado! su galantería hará sonrojar... al busto. (*Volviéndose á Aldama*) ¿Y Vd. que opina, doctor?

ALDAMA.—Que es Vd. encantadora.

MARTA.—(*Con coquetería*) Me toman Vds. entre dos fuegos, y no es generoso abusar así de su fuerza contra tan débil enemigo.

RICARDO.—Ante quien rendimos nuestras armas.

ALDAMA.—Convencidos de antemano de la derrota.

MARTA.—Dejemos las galanterías y diganme Vds. con franqueza lo que les parece la escultura.... como obra de arte.

ELISA.—Quisiera tener mia una semejante.

ALDAMA.—Confieso avergonzado mi completa ignorancia respecto de Fidias y sus sucesores; pero el mejor elogio que puedo hacer de este busto, es la completa semejanza con su dueña

RICARDO.—En cuanto á mi diré solo que quisiera ser el autor. ¿Quién es?

MARTA.—Un jóven de mucho talento por quien me intereso.

RICARDO.—(Ap.) Algun amante de capricho. (A Marta) Debo conocerlo. Son tan pocos entre nosotros los artistas que valen algo.

MARTA.—Probablemente á este no le conoce. Vive todavía oscurecido; es casi un niño, apenas tiene veinte años, y ha pasado cerca de cuatro estudiando en Roma.

RICARDO.—Ah! ¿Pertenece entonces á una familia conocida y rica para costearse ese lujo?

MARTA.—Nada de eso; es humilde y muy pobre. El doctor Montero, á quien Vds. conocen, al ver sus brillantes disposiciones, le ha costeado generosamente su permanencia en Italia al lado de los grandes maestros.

ALDAMA.—Acción meritoria.

RICARDO.—(Ap. á Elisa) Que no haría él (Ap.), ni yo tampoco.

MARTA.—José, pues se llama José....

ELISA.—(Ap.) Es el hijo de Josefina.

MARTA.—Ha superado las esperanzas que en su talento fundaban su protector y su pobre madre, una heroica mujer que vive solo para su hijo. Este ha traído de Roma, y concluido aquí para el doctor, un grupo de escultura que, dada su edad, es á juicio de los artistas europeos una promesa de futura gloria.

RICARDO.—¿Que representa el grupo?

MARTA.—Es todavía un secreto, que descubrirá en estos dias á todo el que desee honrar su modesto taller. Quedan Vds. invitados desde luego. Me encargo de avisarles la fecha.

RICARDO.—Por mi parte no dejaré de concurrir.

ALDAMA.—Haré tambien por admirar esa obra.

MARTA.—(A Ricardo) Cuento, pues, con que su diario tendrá para mi recomendado, no un bombito como Vds. llaman al elogio de favor que....

ALDAMA.—(Interrumpiendo) Que inconcientemente fabrica reputaciones, iba Vd. á decir.

RICARDO.—(Ap. á Elisa) Como la suya.

MARTA.—Una palabra de estímulo para sus esfuerzos. Su obra lo merece.

RICARDO.—(Indicando el busto) A juzgar por la muestra.... Cuente Vd. con que haremos justicia al mérito del jóven escultor José. Se lo prometo, Marta.

MARTA.—Y crea que mi corazon se lo agradecerá.

RICARDO.—Excesiva es la recompensa, pero muy halagadora para mí.

MARTA.—(Con fina coquetería) No, si como promete, hace por merecerla. (Viendo venir á Agustín por el foro izquierdo) Acérquese Vd. aquí, tengo una mision que encomendarle.

ESCENA VII.

*Dichos y AGUSTIN*

AGUSTIN.—(*Acercándose*) Viniendo de Vd. debe ser grata y la cumpliré complacido. ¿Qué es ello?

MARTA.—Lo es efectivamente y la llenará Vd. como dice. Hemos conseguido para nuestro amigo José, la publicidad, nada menos que en el importante diario del señor. (*Indica á Ricardo*) Nos promete su concurso.

AGUSTIN.—Que agradezco de veras, pues, es el mejor medio de hacerle conocer... Hay talentos que permanecen oscurecidos é ignorados solo porque la prensa no les ha dado su asentimiento para ejercitar el derecho de su valer. No es extraño, por eso, que usurpen su lugar personas sin otro mérito que el de contar con la benevolencia de un periódico.

RICARDO.—Reconozco que hay algo de verdad en lo que dice Agustín, y para reparar en parte la injusticia, mi diario queda desde hoy al servicio de los méritos del amigo de Vds.

AGUSTIN.—(*Estrechando la mano de Ricardo*) No tendrá Vd. porque arrepentirse.

RICARDO.—Y empiezo desde ahora la propaganda verbal en los salones. (*Dando el brazo á Elisa*) ¿No vienen Vds.? (*Se dirige con Elisa lentamente al foro.*)

AGUSTIN.—(*A Marta*) Si esta señorita quiere acompañarme....

MARTA.—Lo siento, pero el doctor me habia comprometido. (*Ap. á Agustín al dirigirse tambien al foro*) Volveré. (*Ap.*) Ya está celoso. (*Vanse Aldama, Elisa, Marta y Ricardo.*)

ESCENA VIII.

. AGUSTIN *solo*

La amo, sí, la amo y.... quisiera no amarla. ¿Es posible no amarla?... ¡Cuántos esfuerzos por conseguirlo! A medida que aumenta el empeño, más dominadora la siento en el corazón.... Amar!.... Há poco yo no creía en el amor. Hacía gala de burlarme de ese sentimiento que me parecía ridículo, y que en las jactancias del positivismo que nos

domina, me habría avergonzado de experimentar. ¿Y hoy?... Tengo miedo de mí mismo....¿Si fuera verdad lo que dicen?...Nó....Pero ¿qué secreto encierra su fortuna, que no puede revelarme todavía, á mí, á quien dice amar? Sí, me ama, yo siento aquí (*Señala el corazon*) que me ama, y, sin embargo, soy desgraciado, como antes fuí necio (*Viendo venir los tres primeros concurrentes*), tan necio y tan fatuo como esos. (*Se sienta cerca del busto.*)

## ESCENA IX.

*Dicho y los tres primeros CONCURRENTES*

CONCURRENTE 1º.—Veamos esa maravilla de arte tan ponderada por el periodista.

CONCURRENTE 2º.—(*A cercándose al busto*) Este debe ser....A fé que se le parece.

CONCURRENTE 1º.—Algo (*Con petulancia*), pero como obra de arte, esto no vale gran cosa....Le falta relieve....Absoluta carencia de expresion. (*La accion de lo que dice*) Y luego esa línea que interrumpe bruscamente la curva del cuello ....Ah! vean Vds. los pliegues de la clámide....

CONCURRENTE 3º.—(*Interrumpiendo*) Túnica, hombre, querrás decir.

CONCURRENTE 1º.—Tanto dá...Esos pliegues tan rígidos, sin ondulaciones, sin...vida

CONCURRENTE 2º.—(*Sonriendo con ironía*) Como que son de bronce.

CONCURRENTE 1º.—No seré yo quien cometa la inocentada de alabar esto.

AGUSTIN.—(*Mostrando dominarse*) ¿Es Vd. escultor?

CONCURRENTE 1º.—¿Escultor?...Diré á Vd.: no precisamente.... (*Con énfasis*) pero escribo sobre arte en *La Bolsa*.

AGUSTIN.—(*Con fina ironía, inclinándose en su asiento*) Oh! ya lo sospechaba al oír la seguridad de su juicio sobre ese busto.

CONCURRENTE 1º.—(*Con ingenuidad*) Verdad que sí. (*Dirijiéndose á los otros*) Ya ven Vds, el señor que parece entendido, es de mi misma opinion.

AGUSTIN.—Perdone Vd., pienso lo contrario.

CONCURRENTE 1º.—Entonces cree Vd. que yo, acostumbrado á escribir sobre esta y otras materias de mayor importancia, puedo equivocarme en la apreciacion de una obra ¿como diré? tan destituida de mérito estético.

AGUSTIN. — (*Con fina ironía*) Aun que me incline ante la infalibilidad de un crítico de arte que escribe en *¡La Bolsa!* permítame que en esta ocasión no la acate.

CONCURRENTE 1º. — Infalible? no, no tanto; pero la autoridad de las opiniones que vierte el diario, reconocida está y, lo que es más, hacen jurisprudencia.

AGUSTIN. — Muy amena y muy variada, para mayor provecho del... lector.

CONCURRENTE 1º. — (*Con tono de suficiencia*) Además aquí no hay arte, ni puede haberlo. No está el país preparado todavía para eso, ni lo estará en mucho tiempo. ¡Artistas criollos! ¿que de bueno pueden producir? Solo de pensarlo se me crisan los nervios. Nada, mi querido señor, en estatuaria como en literatura, y en tantas otras cosas, hay que resignarse á ser tributarios de la producción extranjera. Por lo menos, desde que lo alaba la prensa, se tiene la seguridad de que aquello debe ser bueno.

AGUSTIN. — (*Ap. encogiéndose de hombros*) Es un necio.

CONCURRENTE 3º. — Ya que encuentras tan mala la copia, no pensarás lo mismo del original.

CONCURRENTE 1º. — En cuanto á ella dejo de ser crítico para convertirme en adorador apasionado.

CONCURRENTE 3º. — Eso será si lo consiente el ministro. Tiene derecho de prioridad que, sin pretender perforar la coraza de tu reputación galante, me parece, hijito, que no alcanzarás á disfrutar.

CONCURRENTE 1º. — Phs! quien sabe. No creo que sea fortaleza inespugnable.

CONCURRENTE 3º. — La voz pública asegura que es dada á capítular.

CONCURRENTE 2º. — Cuando es de su gusto el enemigo.

AGUSTIN. — (*Que ha demostrado contener su indignación, se levanta*) Hablan Vds. con demasiada....lijereza de una dama en cuya casa están.

CONCURRENTE 2º. — Repetimos lo que se dice.

(*Aparecen al foro Maria y Juana; y sin bajar á la escena, simulan observar los objetos que hay en la galería.*)

ESCENA X.

*Dichos y ANTONIO por la lateral. Despues MARTA y ALDAMA por la misma puerta, donde la primera detiene un momento al segundo, sin que los demás se aperciban de su presencia. Oportunamente, escepto LORENZO, los demás personajes por la lateral y el foro.*

AGUSTIN.—No se asegura *sin pruebas* lo que daña la reputacion aiena.

CONCURRENTE 2º.—Cree Vd. que todos los que afirman....

AGUSTIN.—(*Interrumpiendo*) Creo que todos se hacen éco de una calumnia.

CONCURRENTE 2º.—Esa palabra....

ANTONIO.—(*Que se ha acercado á Agustín sin que este lo note*) Qué sabes tú? (*En este momento aparecen en la puerta Marta y Aldama*) Es ridículo que quieras echarla de caballero andante, rebelándote contra el juicio de la sociedad.

AGUSTIN.—¡Vd. tambien padre!

CONCURRENTE 2º.—Ya lo vé que no somos nosotros los que la calumniamos.

AGUSTIN.—Sostengo que sí.

ANTONIO.—(*Ap. á Agustín de modo que pueda ser oido por Marta*) Cállate insensato.

AGUSTIN.—(*Ap. á Antonio*) La amo.

MARTA. (*Adelantándose. Ap. á Aldama*) Así quiero ser amada. (*Dirijiéndose á Agustín mientras los demás se sorprenden de su presencia y bajan á la escena María, Juana, y sucesivamente todos, menos Lorenzo*) Gracias. No se exalte Vd. (*Con irónico desprecio indicando al concurrente 2º*) El señor tiene razon, repite lo que oye. Es el medio de dar circulacion á la calumnia. En cambio, y como compensacion, vienen á mis fiestas, me adulan y son amables....con mi fortuna, reservando los enconos de su *moral* alarmada para las que *pecan* en la indigencia. ¿Qué más puedo exigir? Olvidándose del suyo, es mucho *honor* el que me hacen cerrando los ojos á mis *faltas*. Tengo, pues, que estarles reconocida.

CONCURRENTE 2º.—(*Turbado*) Crea Vd. que yo.... Mi intencion no ha sido ofenderla.

MARTA.—(*Con desprecio y coqueteria*) Si no le hago á Vd. cargos. Tengo el valor de las responsabilidades y la franqueza de no ocultar mis *faltas*.

MARIA.—(*Ap. á Juana*) Qué impudor!

MARTA.—Exijo solamente verdad en las que se me atribuyen. Para demostrarle mi sinceridad, voy á repetir yo misma lo que todos dicen y...ahora callan. Al presente soy para Vds. la envaneida amante (*Indicando á Aldama*) de este caballero. Felizmente, *para él*, está el señor ministro á cubierto de...la peregrina suposicion.

ALDAMA.— (*Con solemnidad*) Que soy el primero en rechazar.

RICARDO.—(*Ap. á Rodolfo*) A buen tiempo.

MARTA.—(*Siempre con irónica amabilidad*) No hay necesidad. Ciertó que el lujo que desplego y mi fortuna, (*Acentuando la frase*) mayor aun que la que se me atribuye, tiene un origen sospechoso: es donacion del amante (*Sorpresa de todos*) que me recojió mendiga (*Emocion que demuestra dominar*), desfallecida de miseria de un banco de la plaza pública.

JUANA.—(*Ap. á Concurrente 4º*) Vé Vd. como es verdad que fué mendiga.

CONCURRENTE 3º—º.—(*Ap.*) Qué escándalo!

MARIA.—(*Ap. á Juana*) ¡Un amante! y lo confiesa la desvergonzada.

MARTA.—(*Volviéndose al sentir la tos de Lorenzo, que aparece por el foro derecho*) ¿Quieren Vds. conocerlo? (*Indicando á Lorenzo*) Ahí viene. (*Sorpresa de todos.*)

## ESCENA ULTIMA.

*Dichos y LORENZO.*

RICARDO.—(*Riendo*) ¡Don Lorenzo su amante!

JUANA.—(*Ap.*) Habrase visto el vejestorio.

CONCURRENTE 2º.—(*Ap.*) Se necesita en ella coraje.

ALDAMA.—(*Ap. á Rodolfo*) Se está burlando de nosotros.

RODOLFO.—(*Con intencion. Ap. á Aldama*) Sospecho que sí.

LORENZO.—(*Que se ha aproximado, viendo que todos guardan silencio*) Parece que mi llegada les sorprende. Se han quedado mudos.

ANTONIO.—(*Con gravedad*) Admirados don Lorenzo de que á sus años....

LORENZO.—(*Interrumpiendo*) Setenta y cinco, señor don Antonio, setenta y cinco. (*Risita.*)

MARTA.—(*Con ironía*) Su sorpresa se explica. Les refería la historia de nuestros amores.



LORENZO.—Jé, jé, jé, que indiscreta eres...Pues ya que lo saben Vds. ¿á que negarlo? Soy muy calavera....Hacen proxíamente cinco años, encontré á esta niña, entumecida de frío....Les ahorraré detalles. Supe que era muy desgraciada y la ví tan hermosa ¿no es verdad que tengo muy buen gusto? que, despues de conocer su vida entera, me *enamoré* de ella y resolví devolverle en comodidades lo que había sufrido en privaciones. Desde entonces tiene toda mi ternura. Veo por sus ojos, siento lo que siente, amo lo que ama. En festejo de su mayor edad que empieza hoy, ha dado este baile, y yo la obsequio donándole todos mis bienes. (*Saca un pliego del bolsillo y se lo alarga á Marta, sin que esta lo tome*) Toma, toma querida, la copia del acta de donacion y de tu aceptacion. Esta tarde me la dió el escribano.

JUANÁ.—(Ap.) Cuanto daría yo por estar en su lugar aunque dijeran de mi lo que quisieran.

LORENZO.—He querido darle en vida la posesion de mi fortuna para evitar que los abogados (*Mirando á Aldama*) ejerzan en ella su profesion despues de mi muerte....porque ya estoy viejo y temó que estos bronquios me den un mal rato cuando menos piense. ¿Que les parece á Vds? Muy bien hecho, eh? Seguramente que esto no se *decía*.

AGUSTIN.—(Ap. á Antonio) Y Vd. la acusaba!....

ALDAMA.—(Á Lorenzo con despecho contenido) Pero esa donacion, tio, puede ser atacada. Tiene Vd. herederos legales.

LORENZO.—Si, eh? (*Cambiando de tono*) La ley, sobrino, en este caso, es mi voluntad soberana. Cuanto poseo es mio, fruto exclusivo de mi trabajo, y, admírate, lo he ganado haciendo el bien, que produce siempre mayores rendimientos.

ALDAMA.—No me superará Vd. en generosidad. Si Vd. le dá fortuna á la señorita Marta, yo le ofrezco mi nombre. Escudada con mi posicion ¿quien se atreverá á sospechar de mi esposa?

RODOLFO.—(Ap. á Ricardo) Empiezan á cotizarse las acciones de Marta. Siento no estar en condiciones de pujarlas.

MARTA.—(Á Aldama) Agradezco el honor que quiere dispensarme; pero entiendo, tio, que no dan buenos resultados los matrimonios entre parientes. (*Sorpresa de todos.*)

ALDAMA.—(*Sorprendido*) Yo su tio!

LORENZO.—Como que es mi sobrina viznieta, (*Con ironía*) hija de tu hermana á quien tanto querías. ¿No sabes que murió?

ALDAMA.—(Ap.) Viejo maldito.

CONCURRENTE 2º.—(Ap) Tambien yo de buena gana sería escudo de su honra.

ANTONIO.—(Ap. á Agustín) Cásate con ella.

AGUSTIN.— (*Con pena, ap. á Antonio*) Ahora supondrán que es por su dinero.

RICARDO.— (*A Marta*) Crea Vd. que si no le ofrezco mi mano, es porque tengo la seguridad que no la aceptará. Mi diario está á su disposicion.

CONCURRENTE 3º.— (*Ap. á Ricardo*) Pero yo no estoy en ese caso.

RICARDO.— (*Con marcada ironía, ap. á Concurrente 3º*) Compadézcase de ella.

CONCURRENTE 1º.— (*A Marta*) Podría esperar, señorita....

MARTA.— (*Interrumpiendo*) Perdonen Vds., he elegido ya al que amo. (*Se acerca á Agustín*)

AGUSTIN.— (*Ap. á Marta*) Es Vd. demasiado rica para mí.

MARTA.— (*Ap. á Agustín, tomándole del brazo*) No es la millonaria, es la mendiga que le devuelve los intereses de la moneda que puso á réditos su corazon humanitario. (*Suena música de baile*) Señores, la música nos llama. (*En actitud de dirigirse al foro.*)

RICARDO.— (*Ap. á Rodolfo*) No contaba con esto el señor ministro.

RODOLFO.— (*Ap. á Ricardo*) Mañana revienta.

MARIA.— (*Tomando el brazo de Juana é indicando á Marta que, con los demás, se dirige al foro*) Si es monísima. ¡Cómo la voy querer!

*Telón rápido.*

---

## ACTO IV.

*La escena representa un estudio modesto de escultor. Puertas laterales. Al foro, y tomando una tercera parte, cortina oscura corrediza. Otra cortina, que pueda correrse desde abajo, en una ventana alta. Dos diarios sobre una mesa, etc.*

### ESCENA I.

JOSEFINA *sentada cosiendo cerca de la mesa y JOSÉ, en traje de taller, cerrando la cortina que cubre el grupo de escultura. Es de mañana temprano.*

JOSEFINA.—¿Has concluido ya?

JOSÉ.—Sí, la colocacion del grupo en cuanto lo permite el local, bastante incómodo por cierto. (*Indicando los diarios*) Te aseguro que si esos diarios no hubieran anunciado para hoy la exhibicion de mi obra, habria buscado otro más aparente.

JOSEFINA.—Las personas que vengan tendrán en cuenta que con nuestros escasos recursos, no podemos disfrutar de muchas comodidades. Ya llegará el día, me lo dice el corazón, en que tu talento nos las proporcione.

JOSÉ.—Esa esperanza me alienta, y si deseo conquistar un nombre, es por tí mamá, para compensarte en algo los sufrimientos pasados y cuanto has hecho por mí.

JOSEFINA.—Gracias, hijo mio, me encuentro demasiado recompensada, orgullosa con tu cariño.

JOSÉ.—(*Que ha tomado uno de los diarios y leído brevemente mientras habla Josefina*) Este diario, ya lo has visto, me elojia mucho. (*Mirando el diario*) El joven escultor José, dice, será con el tiempo una gloria de su patria....

JOSEFINA.—¿Y que más quieres?

JOSÉ.— No, no es eso. El diario me alaba más de lo que merezco. Pero ¿lo ves? (*Mostrando el diario*) solo dice José sin poner mi apellido, que es el tuyo.

JOSEFINA.— (*Turbada*) Por olvido quizá.

JOSÉ.— No, no es por olvido.... Mira, mamá, ya que llega la ocasión quiero hacerte una pregunta que me preocupa hace tiempo (desde que volví de Roma), y que un vago temor ha detenido en los labios. Antes no había pensado en eso, pero después de mi vuelta alguien me preguntó por mi apellido. Como es natural, le contesté dándole el tuyo. Jamás me habías dicho que tuviera otro. No creí que sus padres fueran del mismo apellido, contestó, y, como si repentino pensamiento lo asaltara, cambió bruscamente de conversación. Más aquello no pasó desapercibido para mí.... He notado después que todos, hasta el buen Agustín que tanto nos quiere, ese mismo diario, no me llaman sino José. Quiero que me digas la verdad. ¿Por qué no llevo el nombre de mi padre? ¿Estaba manchado hasta el punto de avergonzarme de él?

JOSEFINA.— (*Con visible turbación*) Supones lo que no existe.... ¿No estás satisfecho con el apellido de tu madre que....

JOSÉ.— (*Interrumpiendo*) Es el de una santa, lo sé y me vanaglorío de ello. Pero.... tu comprendes, aun que solo tengo veinte años, ya soy un hombre, he aprendido á serlo en mi viaje, y deseo, tengo derecho á saber quien fué mi padre.... á saberlo *todo*.

JOSEFINA.— (*Conmovida y trémula*) Tu padre.... lo sabrás *mar* tarde.... tu padre vive.

JOSÉ.— (*Sorprendido*) ¡Vive! y yo no lo conozco!.... no conozco á mi padre! (*Josefina llora*) Esas lágrimas.... (*Acariciándola con ternura*) Perdona, madre mía, si te hago llorar. Tu mismo llanto me revela que hay un secreto que, cualquiera que sea, debo, quiero conocer.

JOSEFINA.— ¡Cuánto me haces sufrir, hijo mío!.... Abrigaba la esperanza de que este momento no llegaría hasta que te hubieras conquistado un nombre, para entonces decirte la verdad. Pero lo quieres, sea, aun que me desprecies después. (*Acercándose á José y tapándose la cara*) Tu padre no fué casado conmigo!....

JOSÉ.— (*Retrocede sorprendido, pero reaccionando después se acerca á Josefina y la acaricia tiernamente*) ¡Despreciarte madre, madre de mi corazón (*Llora*), á tí, la más noble, la más santa de las mujeres! ¿Cómo has podido pensarlo? ¿Qué sería yo sin tu cariño?.... Ahora te amaré más, mucho más, si cabe, para borrar á fuerza de ternura esos dolorosos recuerdos.... Me perdonas ¿no es verdad?

JOSEFINA.—(*Enternecida besándole en la frente*) ¡Y me lo preguntas! (*Breve pausa*) Con más calma....otro día, te contaré todo para que puedas disculpar mi falta....

JOSÉ.—(*Con ademán de taparle la boca*) Tú no has cometido faltas, no puedes haberlas cometido, y....sé lo bastante de la vida para no sacrificar á las preocupaciones sociales la más mínima de tus caricias. Teniéndote á tí, lo tengo todo. (*Cambiando de tono*) Olvida, olvida lo que ha pasado, y prepárate á la prueba á que me someterá la crítica.

JOSEFINA.—(*Mostrando dominarse*) Sí, tienes razon, no pensemos ahora sino en tu obra. ¿Quién podrá dejar de admirarla?

JOSÉ (*Fingiendo sonreír*) Si las madres fueran las que fallaran sobre el mérito de las obras de sus hijos, habría solo genios en la tierra.

JOSEFINA.—Tú lo tienes.

JOSÉ.—Voy, pues, á ponerme presentable antes de que sea más tarde.

JOSEFINA.—(*Besándolo*) Quiero que estés hermoso. (*Váse José por la lateral izquierda.*)

## ESCENA II.

JOSEFINA, en seguida CLAUDIA y despues RODOLFO.

JOSEFINA.—¡Que momento de amargura!....Debía esperarlo....Al fin ya lo sabe y cesarán mis angustias.

CLAUDIA.—(*Entrando azorada*) Señora, señora, está ahí...(*Señala la lateral derecha*) Al verlo casi me caigo muerta del susto....Y quiere hablarla.

JOSEFINA.—¿Quién?

CLAUDIA.—¿Quién ha de ser? él!

JOSEFINA.—¿El?...(*Viendo aparecer á Rodolfo*) ¡Rodolfo!....

RODOLFO.—(*Desde la puerta, inclinándose*) Yo....señora.

CLAUDIA.—(*Ap., acercándose como para proteger á Josefina*) A nada bueno vendrá este pícaro. (*A Josefina*) ¿Pido socorro?

RODOLFO.—(*Adelantándose*) Motivo muy importante, debe Vd. comprenderlo, me trae á su casa, (*Indicando con el gesto á Claudia*) y....tenemos que hablar.

JOSEFINA.—(*Mostrando reponerse. Ap. á Claudia*) Nada temas, déjanos solos. (*Claudia se vá mirando con desconfianza á Rodolfo. A este*) Muy grave debe ser el motivo para justificar su presencia.

ESCENA III.

JOSEFINA y RODOLFO.

RODOLFO.—Vengo á tratar con Vd. del porvenir de *nuestro* hijo.

JOSEFINA.—¡Hijo de Vd.! ...El mio, caballero, no tiene padre.

RODOLFO.—No discutamos; oígame Vd. primero. (*Cambiando de tono*) Pero antes deje ese tono solemne, y, tratándonos con la confianza de otros tiempos, hablemos como buenos amigos. (*Se sienta*) Permítame que me siente. Tengo la seguridad de que al fin nos entenderemos.

JOSEFINA.—Nada puede haber de comun entre los dos.

RODOLFO.—El interés por la suerte de nuestro hijo, será, no lo dudo, lazo de union.

JOSEFINA.—Muy tarde se acuerda Vd. de que fué padre.

RODOLFO.—Confieso mi culpa y arrepentido, al fin, vengo á enmendarla.... Hice mal, muy mal, pero ¿que quieres? el hombre es hijo de las circunstancias. Escuchame un momento y me comprenderás. Tienes bastante inteligencia para comprenderme y corazon para ...perdonarme.... Yo, puedes creerlo, jamás pensé en casarme sin revelarte antes mi situacion y asegurar el porvenir del niño. Tu imprudencia, que nunca pude preveer, fué la causa de lo que pasó. ¿Que había de hacer sino negar en presencia de mi futura y de sus padres? Tu conducta me sublevó y....

JOSEFINA.—(*Interrumpiendo*) Se casaba Vd. sin yo saberlo. Mientras tanto hacian tres meses que su abandono inesperado me tenía con *su hijo* en la miseria.

RODOLFO.—Quería que todo lo ignoraras hasta el último momento, para evitar recriminaciones y súplicas, á que no podía, á que no debía acceder.

JOSEFINA.—(*Con dignidad é ironía*) ¡Suplicarle yo!.... Sabía Vd. demasiado que no soy de las que mendigan afecciones que no inspiran.

RODOLFO.—Ese casamiento era mi salvacion. Todo lo había perdido en la bolsa, estaba arruinado, y, como conozco el mundo era necesario ponerme á cubierto antes que se llegara á saber mi situacion. Porque entonces—tú no puedes darte cuenta—esta sociedad que me adulaba por los éxitos anteriores, alabando el *mérito* de mis audacias en el juego, me habría vuelto la espalda y hecho pagar muy caro mi ruina, quitándome hasta la esperanza de la rehabilitacion.... El mundo es muy malo, hija mia.

JOSEFINA.— (*Con irónico desprecio*) ¡Y Vd. me lo dice á mí!

RODOLFO.— Ya ves que no soy tan culpable como parezco, y si lo fuera, estoy dispuesto á redimir mi culpa. He decidido reconocer á nuestro hijo.

JOSEFINA.— (*Con sorpresa é ironía*) Recien, despues de veinte años!

RODOLFO.— No hablemos del pasado. Solo debe preocuparnos el presente: asegurar el porvenir de ese niño. Es cosa resuelta y, lo que es más y debe servirte de satisfaccion, mis suegros, mi muger, sobre todo ella, aprueban mi conducta y no tardarán en venir á manifestarte su contento.

JOSEFINA.— (*Con irónica admiracion*) ¡Ah! vendrán ellos tambien! Es mucho honor el que me hacen. (*Ap.*) Lo conozco demasiado. ¿Qué interés tendrá en reconocer á mi hijo? (*Se queda pensativa.*)

RODOLFO.— Y así será mayor la alegría de este dia, en que el talento artístico de José, tendrá la sancion de la critica y... de la fama.

JOSEFINA.— (*Ap.*) Ya caigo. (*A Rodolfo*) Y es por eso que ahora siente Vd. la necesidad de reconocerlo. (*Con marcada ironía*) Es lástima que hoy, que José puede bastarse á si mismo sin los cuidados de la paternidad, se desarrolle en Vd. este sentimiento con tanta vehemencia.

RODOLFO.— No está bien en tí la ironía despues de la franca manifestacion de mis sentimientos, y no es oportuna tratándose del porvenir de tu hijo... Pues bien, sí, me siento orgulloso de ser su padre. Lo habría reconocido antes de saber lo que vale. Ya comprenderás que lo haré con el mayor empeño halagando mi vanidad. (*Viendo que Josefina permanece callada*) Pero ¡qué! ¿dudas acaso?

JOSEFINA.— No dudo que esa sea la intencion de Vd, pero viene á destiempo su paternidad. En interés de mi hijo, yo la rechazo.

RODOLFO.— ¡Rechazar mi nombre para él!... ¿Rehusas su felicidad?

JOSEFINA.— Precisamente por su felicidad, José no debe llevar su apellido. Le basta con el que tiene y que ennoblecerá con su arte. Quiero que se lo deba todo á sí mismo.

RODOLFO.— (*Sorprendido*) ¿Estás loca? (*Ap.*) Apelemos á los grandes recursos. (*A Josefina*) No has meditado lo que dices. ¿No comprendes que tu resolucion sería mal interpretada, perjudicando tu reputacion y echando á rodar la de tu hijo?

JOSEFINA.— Tarde se cuida Vd. de nuestra reputacion, y... no sé como mi negativa pudiera comprometerla.

RODOLFO.— (*Con expresion de verdad y sentimiento*) Aun en las naturalezas más perversas, hay siempre un fondo de egoísmo en el amor, por más que el corazon ya no lo sienta. Ese niño es la prueba de que me amaste y de que te amé; y los

egoísmos del pasado se rebelan celosos del presente. ¿Quién, sabida la protección que el doctor Montero dispensa á José, creerá en la sinceridad y pureza de tus relaciones con él?

JOSEFINA.—(*Con indignacion*) Pero eso es infame

RODOLFO.—No lo niego; vil calumnia, si quieres; pero la calumnia como el reptil—porque como él es cobarde—empozoña la reputacion que muerde (*Josefina demuestra angustia*) ¿Por qué no lleva ese jóven, dirán, el nombre que su padre ha querido darle? (*Acercándose*) Y todos se responderán: porque su madre es la manceba del doctor Montero y el hijo lo consiente por los beneficios que reporta, esperando ser su heredero.

JOSEFINA.—(*Con vehemencia*) N6, eso n6, pobre hijo mio! Solo la maldad, que digo la maldad, la cobardía, la perfidia, todo lo que hay de más execrable, es capaz de suponer eso en mi hijo, en mí, en el doctor.

RODOLFO.—(*Con satisfaccion disimulada*) No lo supondrán, lo darán por hecho.

JOSEFINA.—(*Con altivez*) Pero Vd. que se atreve á formular tan monstruoso pensamiento, sabe que no es verdad, que no pudo serlo nunca; porque si la juventud y el desamparo me arrojaron desfalleciente de amor en sus brazos, no rodé al lodo, y fuerte con el amor de mi hijo y la conciencia de mi deber, he sabido conservarme, purificada por el sufrimiento, madre impecable.

RODOLFO.—Pero no basta con que yo lo sepa; es preciso que el mundo lo crea. (*Breve pausa*) No ha entrado por poco este deseo de mi egoísmo, en el propósito de reconocer á nuestro hijo.

JOSEFINA.—(*Que ha demostrado meditar. Como si hablara consigo misma sin dirigirse á Rodolfo*) ¡Es horrible, muy horrible! pero antes que todo está él.. Debo impedir que ni la más leve sombra empañe su reputacion. (*Como si tomara una resolucion de la cual temiera arrepentirse, con voz breve á Rodolfo*) Espéreme Vd. aquí. Voy á hablar con mi hijo. (*Váse por la puerta por donde salió José.*)



ESCENA IV.

RODOLFO y ANTONIO.

RODOLFO.—(Con alegría mirándola salir) Triunfé....

ANTONIO.—(Apareciendo por la puerta de entrada) Ya me tienes aquí. No me ha costado poco el llegar. (Mirando á todos lados) La tal criada tiene un modo de indicar este dichoso taller, que dudo puedan los visitantes que esperan acertar con su ubicacion. Por poco no paso por la azotea á la casa vecina. (Volviendo á mirar en derredor) ¿Solo?

RODOLFO.—He hablado ya con ella.

ANTONIO.—¿Y....?

RODOLFO.—(Sonriendo) La he convencido.... Volverá pronto con el hijo.

ANTONIO.—Me apresuré á venir ansioso de saber el resultado.

RODOLFO.—Presenciará Vd. la entrevista.

ANTONIO.—Será patética.

RODOLFO.—Estoy preparado para ella. ¿Y Elisa y la señora no vienen?

ANTONIO.—Se disponían á efectuarlo cuando salí de casa. Nada he querido decir á Agustín, aun cuando no ignora lo que sucede.

RODOLFO.—De todos modos vendrá.... probablemente con la novia. Quiere mucho á José y hoy se exhibe su famoso grupo.

ANTONIO.—¿Y que representa?

RODOLFO.—Phs! que se yo. No es eso lo que me preocupa.

ANTONIO.—Ni á mi tampoco. Mera curiosidad. Pero conviene aparentar que tenemos mucho interés por la obra.

RODOLFO.—Muy mala, segun «La Bolsa »

ANTONIO.—¿Y como pueden saberlo si no la han visto?

RODOLFO.—Indicios, conjeturas, suposiciones, ó simplemente porque se lo imaginan. Así son los diarios en su afán de informar al público. Pero algo debe de conocer este, pues dice, censurándolo, que se trata de un asunto mitológico: la fragua de Vulcano. (Prestando atencion). Siento pasos. (Volviéndose á Antonio) Vienen.

ESCENA V.

Dichos, JOSEFINA y JOSÉ

JOSEFINA.—(*Desde la puerta, indicando á Rodolfo*) Ese es tu padre.

RODOLFO.—(*Adelantándose*) Si, hijo mio, tu padre que, cualquiera que sean sus faltas, quiere desde hoy hacerse acreedor á tu cariño.

ANTONIO.—(*Que se ha acercado á Josefina*) Aquello pasó. Nada de resentimientos. (*Hablan despacio.*)

JOSÉ.—(*A Rodolfo*) Mi madre me lo ha dicho todo. Tiene Vd. mi respeto.

RODOLFO.—Y tendré tu amor ¿no es verdad? á cambio del mio sin limites.

JOSÉ.—No saldrá de mi labio una palabra de reproche para Vd.

RODOLFO.—Ni yo daré lugar desde el momento que llesves mi nombre.

JOSÉ.—Solo á cambio de la honra y tranquilidad de mi madre, puedo renunciar al que conquistaré con mi esfuerzo.

RODOLFO.—Te allanaremos el camino de la gloria.

ESCENA VI.

Dichos, ELISA y MARIA.

MARIA.—(*Antes de salir á escena por la puerta de entrada*) Con que gusto voy á verla. (*Todos se vuelven en direccion á la puerta donde aparecen ambas*) Aquí está. (*Se dirije rápida donde está Josefina y la besa y la acaricia*) No has cambiado nada. (*Dirijiéndose á Antonio*) Mírala, Antonio, que linda se conserva; no pasan años por ella.

ELISA.—(*Ap. á Josefina, estrechándole la mano y besándola*) Si vieras cuanto me alegra lo que sucede.

JOSEFINA.—(*Ap. á Elisa, indicándole á José*) Que sea para su bien.

MARIA.—(*A Josefina, indicando á José*) ¿Y este es tu hijo? Tan lindo como la madre. Su mismo rostro. Entre mil lo hubiera reconocido. (*A José acercándosele*) Venga Vd. aquí, que lo abrace su vieja tia. (*Lo abraza y vuelve á contemplarlo*) Si es precioso....¡Tan jóven y ya un gran artista!...

JOSÉ — Todavía no, señora....

MARIA.—(*Interrumpiendo*) Como no! He leído los diarios y.... ¡cuando ellos lo dicen!....¡Que gusto me ha dado al saber que el asunto de tu obra es la glorificación de San Ignacio de Loyola. Lo asegura el «Estandarte Católico», atribuyendo tu genio á inspiración divina. (*Dirigiéndose á Antonio*) Para que nada le falte tiene también el mérito de ser religioso. (*A José*) Haces bien, queridito, la religion sirve para todo en la vida.

JOSÉ.— Pero si yo no tengo las condiciones que Vd. supone....

MARIA.—(*Interrumpiendo*) Modesto también!.... Esta criatura nos volverá chochos. Va á ser el mimado de la familia.

ANTONIO.—(*Ap.*) Como que hereda una gran fortuna.

JOSÉ.— No merezco tanto elogio. Mi obra, señora, ni trata ese asunto ni tiene el valor que Vd. le asigna. Es, apenas, el trabajo de un principiante.

ELISA.— Que será un gran escultor.

RODOLFO.— Y espero que gloria de su patria.

ANTONIO.— ¿Que representa entonces el famoso grupo? porque tanto se habla de él, que ya lo es.

JOSEFINA.— Pronto lo verán Vds.

JOSÉ.— El pensamiento que inspiró mi alegría, es muy viejo, y de tan sabido está olvidado. Por eso he creído que conviene recordarlo.

MARIA.— De cualquier modo será una maravilla.

## ESCENA VII.

*Dichos y AGUSTIN con diarios en la mano.*

AGUSTIN.—(*Al ver á su familia*) Hola! están aquí ya. (*Dando la mano á Josefina*) Llegó el gran día, señora.

JOSEFINA.—(*Ap. á Agustín*) Temo por José un desengaño.

AGUSTIN.— No lo crea. (*Estrechando la mano á José*) Te aseguro un éxito ruidoso. El artículo de «La Balanza» ha hecho efecto. Tu nombre ha salido de la crisalida convertido en mariposa de luz. Ricardo se ha portado.

JOSÉ.— Exagerando mi mérito hasta el punto de que.... tengo miedo de un fracaso.

AGUSTIN.— Ni lo pienses. Pasarás entre aplausos el Rubicon....  
¿Has leído los diarios?

JOSÉ.—(*Indicando los que están sobre la mesa*) Solo dos: «La Balanza» y «La Bolsa».

AGUSTIN.—Aquí traigo varios. (*Los deja sobre la mesa*) Unos te alaban y otros....hablan sin saber.

JOSÉ.—¿Que dicen esos?

AGUSTIN.—«El Sofisma» asegura que tu obra carece de importancia, porque no es conocida.

JOSEFINA.—Como si lo conocido no más tuviera mérito.

AGUSTIN.—«El Libero Pensiero» la supone de índole socialista, por el medio en que has desarrollado tus facultades. «La Inocuidad», como siempre, quiere decir, pero no dice sino en la intencion, que es necesario fomentar todas las manifestaciones del arte para disimular siquiera la depresion en que nos tiene el mercantilismo. «El Serrucho», sin dejar de alabarte, pasa, sin embargo, sus dientes por tu grupo, diciendo que representa una heregia: la protesta de Lutero. «El Independiente Oficial», sostiene que tu obra es immoral y anarquista, porque glorifica la rebelion en la persona de Espartaco rompiendo sus cadenas. Y....así se escribe la historia. El hecho es que, sea como sea, debes felicitarte porque se ocupan de tí.

RODOLFO.—Sin hacer caso de juicios contrarios á la verdad.

JOSÉ.—(*Sonriente*) Lamento que sean tan erroneos, en cuanto al asunto de mi trabajo; pero reconozco y acato el derecho que tienen de apreciar con amplitud de criterio su mérito y mis condiciones artisticas.

JOSEFINA.—Que serán siempre superiores á las que poseen los que te critican.

JOSÉ.—(*Con cariño*) Te ciega el amor de madre.

MARIA.—Es que muchos hablan por envidia.

RODOLFO.—Compañera inseparable de la impotencia.

ELISA.—No hay cosa que subleve más á los inútiles, que el mérito ajeno.

ANTONIO.—Porque los humilla comprobando su incapacidad.

AGUSTIN.—(*Mirando á las personas de su familia*) Como lo quiero tanto, me complace oirles dar á José testimonio de la sinceridad del cariño con que lo acojen, y la participacion que toman en su dicha, por su inesperada fortuna.

JOSEFINA.—¿Que?

RODOLFO.—(*Ap.*) Imprudente!

AGUSTIN.—(*Con cariño á José*) Ahora que ya tienes seguro el porvenir, podrás sin preocupaciones, dar vuelo á tu inspiracion.

JOSÉ.—No te comprendo.

RODOLFO.—(*Tratando de impedir que hable Agustín*) La fama impondrá crecido precio á sus obras.

AGUSTIN.—Siendo rico no tendrá necesidad de venderlas.

RODOLFO.—(Ap.) Maldito charlatan. (A José) A no ser que las paguen en lo que valen. Y harás bien, hijo mio, en ser exigente; los grandes artistas deben serlo siempre. Son privilegios del talento que establece así superioridad sobre las medianías.

AGUSTIN.—Su fortuna le impedirá aprovecharse de esas ventajas.

JOSÉ.—Espílicate porque no te entiendo.

JOSEFINA.—¿Qué está Vd. hablando de fortuna cuando sabe que somos pobres?

AGUSTIN.—Me refiero á la que tendrá José.

JOSÉ.—Sueña, mamá.

AGUSTIN.—Ah! ¿quieren Vds. hacerse los desentendidos conmigo? Inútil reserva. Estoy tambien en el secreto de todo.

RODOLFO.—(Contrariado, fingiendo sonreír) Los secretos de Agustín....

JOSEFINA.—Son un misterio para mí. Estoy por creer que efectivamente sueña despierto.

AGUSTIN.—(A Rodolfo) ¿Qué te parece? Para que no duden de mí, diles que tengo conocimiento de la fortuna que, de tu tío, hereda José, y cuanta fué mi alegría al saberlo.

JOSEFINA.—(Mirando significativamente á Rodolfo) ¡Una herencia para José!

AGUSTIN.—A consecuencia de la cual mi cuñado lo reconoce.

JOSEFINA.—(Mirando á Rodolfo) ¡Ah! esa es la causa!....

RODOLFO.—(Turbado) Sí, en efecto, mi tío Punker, el hermano de mi padre, al morir en Londres, dejó su fortuna para el mayor de mis hijos varones y ...

ELISA.—No habiendo tenido nosotros ninguno, es natural que heredara José, que es hijo de mi marido. Puedes, prima, estar segura de que me alegro mucho.

JOSEFINA.—Es decir....

RODOLFO.—(Interrumpiendo) Que como el heredero debe llevar mi apellido, que era el de mi tío, José no puede heredar sin estar reconocido.

JOSEFINA.—(Con ironía) ¡Comprendo ahora!....

RODOLFO.—Si no lo dije antes, fué porque reservaba la grata nueva para cuando mi hijo lo sea *legalmente*. Así él y su madre verán que no me guía otro interés que el de asegurar su suerte....La fortuna no es para mí...

JOSEFINA.—(Con ironía) Pero la administra *legalmente* el padre mientras el hijo no es mayor de edad.

AGUSTIN.—(A José) Ya ves si tenía razon al decirte que eres muy rico, (A Josefina) y á Vd. que este dia será de completa dicha.

JOSÉ.—No me halagan riquezas que no he ganado.

AGUSTIN.—Pero que felizmente, no puedes rehusar, so pena de que vayan á parar á una caja de socorros para los pobres.

JOSÉ.—Bien empleadas estarían.

JOSEFINA.—Y las necesitan más. (*Hablan despacio con José.*)

RODOLFO.—(*Ap. á Antonio, indicando á José*) Este necio sería capaz de rehusar.

ANTONIO.—(*Ap. á Rodolfo*) Para evitar la tentacion apela á la susceptibilidad de la honra y, como antes, te dará resultado.

JOSÉ.—(*Ap. á Josefina*) El no haber sabido honrar la abnegacion de tu amor escudándolo con su nombre, es, como te he dicho, el motivo por el cual no aceptaré gustoso el que hoy me ofrece, aunque venga con la fortuna.

JOSEFINA.—(*Ap. á José*) Es, al fin, tu padre.

JOSÉ.—(*Ap. á Josefina*) Germinó mi ser y es sagrado para mí; pero no es el padre de mi espíritu!

RODOLFO.—(*Ap. á Antonio*) Sin perder tiempo. (*Dirijiéndose á José y Josefina*) Espero que despues de la exhibicion del grupo, festejaremos el venturoso acontecimiento ocupán donos con el escribano de formalizar el reconocimiento de José para entrar cuanto antes en posesion de su fortuna.

MARIA.—(*A Josefina*) Si, hija mía, tiene razon Rodolfo, es lo que conviene. Estas cosas cuanto mas pronto mejor.

JOSÉ.—(*A Rodolfo*) No veo la necesidad de apurarnos tanto. (*Significativamente, acercándosele*) Crea Vd. que solo la.... tranquilidad de mi madre sobre el pasado, puede decidirme—pues no soy ambicioso de dinero—á renunciar á conquistarme un nombre con mi esfuerzo.

RODOLFO.—Deberes mas imperiosos, se lo he dicho ya á tu madre, exigen que así sea.

JOSÉ.—(*Manifestando ignorancia*) No los sospecho.

RODOLFO.—De sospechas infamantes precisamente, y no del pasado, hay que poner á cubierto la reputacion de Vds. (*Significativamente*) La proteccion del doctor Montero las compromete. (*Montero que ha venido á entrar, se queda parado en la puerta al oír nombrarse.*)

## ESCENA VIII.

*Dichos y MONTERO*

JOSEFINA.—Suposiciones infames.

JOSÉ.—(*Con indignacion*) Tan viles y cobardes, que por cobardes y viles....

AGUSTIN.—(*Interrumpiendo*) No merecen mas que el desprecio.

MARIA.—La sociedad siempre está dispuesta á creer lo peor.

ANTONIO.—Sobre todo cuando las apariencias condenan....

MONTERO.—(*Entrando con sorpresa de todos y dirijiéndose á Maria y Antonio*) Tienen Vds. razon. La maldad no existiría sin la hipocresía. Tras ese escudo ella esconde su perfidia y asesta el golpe traidor.... Los que no fueron capaces de amparar la desgracia para evitar el pecado, la hieren con la calumnia para disculpar el egoismo que los domina. Así creen quedar bien con su conciencia.

MARIA.—(*A Montero*) El arrepentimiento, primo, redime todas las culpas. Cualquiera padece un error.

MONTERO.—El arrepentimiento, prima, cuando no hace falta, es.... importuno.... Pues bien, para que la calumnia no haga presa en la virtud infortunada y sirva de pretexto á contricciones tardías, yo, Felipe Montero, profesor de medicina y cirujía, con cincuenta años de vida intachable y una posicion independiente, solicito el honor de ser esposo de Josefina. (*Sorpresa de todos. Josefina conmovida llora silenciosamente y estrecha la mano de Montero, lo mismo que José. Entran Marta y Lorenzo*).

## ESCENA IX.

*Dichos, MARTA y LORENZO*

LORENZO.—(*Desde la puerta*) Y nosotros el de ser los padrinos. (*Entran. Marta abraza á Josefina y Lorenzo estrecha la mano á Montero*)

MONTERO.—Ese derecho y el de mi vida conquistó Vd. cuando me salvó de la ruina.

ELISA.—(*Ap. á Josefina besándola*) Tu sacrificio merece esta recompensa.

JOSEFINA.—(*Ap. á Elisa*) Rehabilitada ante mi hijo, es la mayor felicidad para mí.

MARIA.—(*A Josefina*) Te felicito de veras.. .y me reconcilio con mi primo.

AGUSTIN.—(*Ap. á Marta*) Gozo con su dicha. No en vano siempre me fué simpático mi tío.

MARTA.—(*Ap. á Agustín*) El doctor nació para hacer el bien. Vd. se le parece. Por eso es que....(*Con tierna coquetería*) lba á decir una mentira.

- AGUSTIN.—(*Ap. á Marta*) Hasta ellas son encantadoras en su... en tu boca. Díla, pues.
- MARTA.—(*Ap. á Agustín*) Que el día que no seas bueno, dejaré de amarte.
- AGUSTIN.—(*Ap. á Marta*) A tu lado no sucederá jamás.
- RODOLFO.—(*Ap. á José*) No te quejarás de la suerte. Tu madre dignamente rehabilitada; te espera una fortuna y llevarás el nombre de tu padre.
- JOSÉ.—(*Con frialdad*) Lo pensaré. (*Dirijiéndose á Ricardo que aparece en la puerta*) Adelante señor.

## ESCENA X.

*Dichos, RICARDO y despues CLAUDIA*

- RICARDO.—(*Inclinándose para saludar y sacando el reloj*) No dirán que me hago esperar. (*Mira y guarda el reloj*) Llego á la hora exacta. (*Estrecha la mano á José y dirige una mirada á Elisa*) Ya no es Vd. un ignorado, mi jóven amigo.
- JOSÉ.—Gracias á sus bondades.
- RICARDO.—Quizá me he quedado corto. Eso lo veremos ahora, y como el mal tiene remedio, espero ser el primer heraldo de su fama.
- JOSEFINA.—Gracias por él y por mí.
- ANTONIO.—(*A José*) Veamos, pues, tu obra.
- MARTA. Invité tambien á mi tío, el doctor Aldama.
- RICARDO.—El señor ministro, es casi seguro que no vendrá. Está absorbido por la confeccion de grandes proyectos.
- LORENZO.—(*Con tosesita*) Lo siento por el país.
- AGUSTIN.—(*A José*) Llegó el momento de descorrer esa cortina (*La señala*) que oculta... tu gloria futura.
- JOSÉ.—(*Ap. á Agustín, acercándose á la cortina mientras los demás se colocan convenientemente*) Te confieso que dudo y.... temo.
- ELISA.—(*Dirijiéndose á Ricardo*) De aqui veremos de frente. (*Ricardo vá á colocarse á su lado.*)
- (*José descorre la cortina y aparece el grupo sobre un pedestal de altura y proporciones convenientes. El grupo representa un templo que tiene al frente, entre rayos de sol, la palabra JUSTICIA. Cristo en la puerta, hácia un costado, como dejando franca la entrada, tiene una muger con un niño en los brazos, recostada sobre el lado izquierdo del pecho; tien-*



de la mano derecha á dos trabajadores que se dirijen al templo por escarpada cuesta. El primero, un anciano, en actitud de limpiarse el sudor de la frente, lleva una azada y un pico al hombro. El que le sigue, vestido con blusa y gorra de obrero, lleva en la mano una escuadra y un martillo. Las figuras deben ser hechas en pedazos de tela, pintadas á claro oscuro imitando al mármol, para formar con ellos, dándoles colocacion estética, la armonía del conjunto.)

RICARDO.—(Con admiracion) Muy hermoso!

CLAUDIA.—(Que se ha asomado á la puerta y adelantado para ver mejor) ¡Qué lindo!

MARIA.—¿Es la pasion del señor?

ELISA.—Esto impone.

MARTA.—Y enseña.

RODOLFO.—(Ap. á Antonio) La verdad que es mejor de lo que creía.

ANTONIO.—(Ap. á Rodolfo) Cristo ampara á los pobres y....(Fijándose en el grupo) ¡qué coincidencial! tu tio pensaba lo mismo al hacer testamento.

LORENZO.—(Acercándose á José) No puedo juzgar del valor artístico de su obra; pero si no entiendo mal, la idea del conjunto descubre la faz nueva de una doctrina vieja, renovando á traves de los siglos sus claridades de aurora, para devolver al espíritu desfallecido los alientos de la esperanza en la lucha contra los opresores de la humanidad.... Su juventud simboliza la concepcion de su obra.... Vd. será grande dentro de ella.... La idea se hace carne.... ¡ay! de los que no crean en su realizacion.

JOSÉ.—(Conmovido) Señor....

MONTERO.—Será como dice Don Lorenzo, porque el pueblo que vá trepando fatigosamente la escarpada cuesta, llegará al fin á ser el soberano de sí mismo.

JOSÉ.—(Dirijiéndose al costado lateral y corriendo la cortina de la ventana) Así se verá mejor. (Un rayo de luz ilumina la frente de Cristo primero, y enseguida á la palabra justicia, extendiéndose despues de un momento á una y otro. Todos expresan admiracion)

MARTA.—¡Que bien se vé ahora!

RICARDO.—(A José) Grandioso, admirable como trabajo artistico, pero pura idealidad, amigo mio.

AGUSTIN.—Noble y bello como el sentimiento que lo inspira.

MARIA.—(Indicando el templo) ¿Y esa iglesia que significa?

JOSÉ.—El templo del porvenir.

LORENZO.—La solidaridad humana.

MONTERO.—Con el amor por religion.

JOSÉ —El pensamiento de Cristo lo ilumina en ese rayo de sol, para mostrarles el camino á los que vienen.

RODOLFO.—(*Acercándose á José*) Firma tu obra, hijo mio, para que me alcance un reflejo de tu gloria.

MARIA.—Y á toda tu familia.

RICARDO.—Lo exige la celebridad.

ANTONIO.—Sí, firmala para orgullo nuestro.

JOSÉ.—Ya que tanto se empeñan la firmaré. (*Se acerca al grupo y escribe en la base con letras grandes, debajo de la figura de Cristo: JOSÉ MONTERO (Sorpresa de todos y estupor de RODOLFO, ANTONIO y MARIA)*)

RODOLFO.—(*Ap. cubriéndose la cara con las manos*) ¡Arruinado!

LORENZO.—Justicia.

MONTERO.—Empieza para mí.

JOSÉ.—(*Conmovido, se acerca á Josefina, que lo besa en la frente, y enseguida se echa en los brazos de Montero que ha ido hácia él*) ¡Padre!

*Telon rápido*

---

## Fé de erratas

---

<u>Pág.</u>	<u>Línea</u>	<u>Donde dice</u>	<u>Debe decir</u>
3	12	En el 3º	En el 2º
22	16	Providad	Probidad
22	21	á caso	acaso,—y algunos

otros errores, que no merecen enumerarse, por que el buen sentido los salvará.





Sr familia No 2110

Madrid